

Año II. N.º 14

Francia : el número, 0.60 cént. -- Extranjero : 0.75

15 de Enero 1914

REVISTA GRÁFICA



Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

SIROP

DEPURATIVO VEGETAL

Jarabe
del doctor

CHABLE

EL MAS EFICAZ DEPURATIVO DE LA SANGRE

Se vende en Farmacias y Droguerías

Aberdeen

Sastre
Escocés

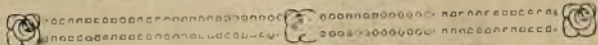
1, rue Auber

5, b. Malesherbes
PARÍS

Casa fundada en 1891

El mayor surtido
en paños ingleses
y escoceses

Especialidad en Homespuns



CATARROS
antiguos
y
recientes

TOSÉS, BRONQUITIS
radicalmente **CURADAS**
POR LA

SOLUCION
PAUTAUBERGE

que procura *Pulmones robustos*,
despierta el *Apetito*, aumenta
las *Fuerzas*, seca las *Secreciones*
y preserva de la

TUBERCULOSIS

L. PAUTAUBERGE, 10, r. de Constantinople, Paris y todas Farmacias.

A los ASMÁTICOS

A los que se sofocan

A los que tosen

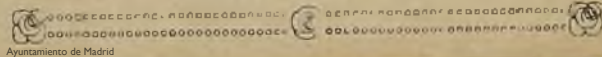
Los medicos dicen hoy: Usad los
TOLVOS LOUIS LEGRAS

Es un remedio maravilloso que calma instantáneamente
los más violentos accesos de *Asma*, la *Tos* violenta y
prolongada de las *Bronquitis* antiguas, en *Catarro* y
las consecuencias de la *Influenza*.

Los **TOLVOS LOUIS LEGRAS**
dan siempre los mejores resultados

En todas las farmacias hispano-americanas
En Buenos Aires: **BADATACCO Y EAT DIN**, 569. Cuyo

H. BERTHIOT farmo,
14, rue des Lions, Paris



Ayuntamiento de Madrid

REVISTA GRÁFICA

PERIÓDICO QUINCENAL HISPANO-AMERICANO

AÑO 2
15 Enero 1914
Precio
60 cént.

Actualidades, Literatura, Ciencias y Artes
Director: José MUÑOZ ESCÁMEZ
222, Boulevard Saint-Germain, París Teléfono 757-90
Sucursal. 471 - Calle de Sarmiento, Buenos Aires

Nº 14
Suscripción
20 francos
por año

LA NEVADA EN PARÍS



El muchacho habla á su obra de arte, que le escucha imposible y helada, á pesar del caluroso discurso del artista.



En la plaza de la Concordia alza el Obelisco su afilada punta, preguntándose tal vez si desde que le trajeron de



Egipto ha sufrido un frío tan intenso.

oooo
oooo

El "ski" en los Campos Eliseos.



Mientras cae la nieve

El fotógrafo acaba de traerme varias curiosas vistas de la nevada de París. La nieve sigue cayendo mansamente; la veo, desde la mesa de mi despacho, adherirse á los cristales del balcón y deshacerse resbalando hasta el reborde de la cristallera.

En la casa de enfrente, los albos copos van formando dibujos sobre los resaltes de la fachada. En la calle, la capa blanca adquiere consistencia. Algunos mozállones se entretienen en modelar estatuas que parecen deformes sorbetes para servidos en la mesa de Gargantúa, y yo tiritó pensando en la temperatura que soportan los que están en la calle.



Los animales y los vehículos soportando la carga suplementaria con que les gratifica la nevada.

Y es que hace frío. Me dicen que se ha helado la fuente de San Sulpicio, y pido en el acto mis babuchas de fieltro; alguien, después, afirma que el lago del bosque de Bolonia tiene una capa de hielo de quince centímetros, y yo me pongo una bala de recio forro; pero al saber que la Cascada ya no corre, que sus cristalinos chorros se han convertido en estalactitas, requiero un gorro griego y una manta de lana.

Y, sin embargo, ahí está ese muchacho que coloca su desnuda mano sobre el hombro del monigote de nieve, mientras le da un recado al oído; sin duda le da expresiones para sus amigos los esquimalles. Y en los Campos Eliseos van ¡á cuerpo! á ejercitarse en el ski, mientras varias gallardas señoritas, con cara de risa, patinan que se las pelan por la Avenida de las Acacias. No caeré yo, por cierto, en la tentación de hacer lo mismo.

Las dos vistas de Triánón nevado, acaban por darme escalofrío. Me parece que llevo debajo de cada brazo una lechuga.

El pobre Cupido, que no lleva más ropa que su arco, debe estar aterido, dando patadas en el basamento de su effigie y soplándose los dedos.

¡Cualquiera penetra ahora en el templo del Amor! Tal vez el hijo de Venus, para quitarse el frío, se liara á bofetones con el



Patinadoras en el Bosque de Bolonia.

primero de sus devotos que franquease la esbelta columnata.

La Aldea, que fué el encanto de María Antonieta, la de los tristes destinos, parece llorar á la maga que la hizo brotar como por ensalmo en los jardines de Versalles. Los copudos árboles, cubiertos de nieve, parecen rendirse al peso de la blanquísima carga, y la cristalina acequia, en cuyas linfas se mirara tantas veces la desdichada esposa de Luis XVI, se ha congelado. No sé si allí habrá peces, mas si los hay deben estar pasando un mal rato. Las con-

gestiones y las nefritis van á acabar con ellos y los, que sobrevivan quedarán escamados por todo el resto de su existencia.

Hace frío, mucho frío. Y cuando desde una habitación bien caldeada y con los pies bien abrigados se puede ver cómo cae la nieve, se piensa, involuntariamente, en aquellos á quienes la desgracia privó de hogar. ¡El contraste entre la desdicha ajena y nuestro propio bienestar, nos inspira el

deseo de hacerlo compartir á los que el frío y el hambre acechan para entregarlos como pasto á la muerte !

Pero advierto que el termómetro que tengo en el balcón marca seis grados bajo cero; el frío me invade... los dedos se niegan á tener la pluma, y aquí hago punto.

...



El templo del Amor y la Aldea de Trianón, cubiertos de nieve, como tal vez jamás los viera María Antonieta, que allí pasó los mejores días de su existencia.



ACTUALIDADES



A las puertas del Louvre, París, la gente que acudió a ver a su amada Joconda se deja fotografiar complacida. El robo de la hermosa pintura quedará en la memoria de todos como uno de los más audaces.



La Joconda, que según todos "es la auténtica" (no se podría haber hecho una copia perfecta), en la Escuela de Bellas Artes.

El último accidente del Metropolitano de París, que ha ocasionado varias víctimas.



Lindas "midinettes" que fueron a invitar al presidente, M. Poincaré, para que asistiera a una de sus reuniones.



Entierro del célebre cantante Fragson, asesinado por su padre.



M. Claretie, conocido literato y administrador de la Comedia Francesa, que ha fallecido recientemente en París. El entierro fué una imponente manifestación de simpatía.



Suocra. — La reina-madre Sofia, que acaba de morir. Por su bondad, será muy sentida de todos.



El duque de Rohan, jefe de una de las más importantes familias de Francia, también ha fallecido días pasados.



MANILA

Homenaje de las damas Filipinas á la señora de Harrisson, que se encuentra en el Hotel de France.

LOS CINCUENTA CUADROS DEL INMORTAL PINTOR RAFAEL

El cura párroco de Janury, el abate Tenand, que posee cincuenta cuadros de Rafael. Algunos periódicos ponen en duda la autenticidad de una parte de ellos. Hay gran expectación.





La parte del arsenal de Portsmouth que ha sido destruida en parte por un formidable incendio. — A la derecha, la torre y el semáforo que encerraban los restos de Nelson. — Desde hace algún tiempo, los incendios destruyen las puertos ingleses, en los que cualquier accidente, por insignificante que sea, origina enorme trastorno, á causa del gran movimiento de ellos y, sobre todo, en poblaciones como la mencionada.



o n motivo de la fiestas del año nuevo M. Poincaré ha recibido las felicitaciones de todos los personajes de Francia.



MADRID

La presidencia del duelo en el entierro del señor Aguilera, el popularísimo alcalde cuya muerte ha sido un duelo nacional y especialmente madrileño.



La afición á las tertulias en los cafés de Madrid, es algo que pasará á la historia. En un rincón de la "Maison dorée" se reúnen varios "intelectuales". Nuestra fotografía muestra, de izquierda á derecha, á Rusiñol, J. Castillo, Martínez Sierra y el maestro Vives.



EN LA PLAZA DE SANTA CRUZ

Los aficionados al clásico pavo, se aperciben á hacer provisiones.





■ ■ ■

El cortejo fúnebre ha hecho un alto. Los ministros del Señor, entonces, entonan un responso por el alma del muerto ilustre.

■ ■ ■

■ ■

Entre la muchedumbre que acompañó el féretro del señor Aguilera, destacábanse, los representantes de la familia real, Gobierno, etc.

■ ■



El presidente de la Unión Mercantil entrega al concejal señor Dorado una plancha, como recuerdo del homenaje que le tributan sus compañeros.



El acompañamiento al pasar por la Puerta del Sol. Como se ve, el muerto contaba con la general simpatía del pueblo madrileño.



La Asociación protectora de Animales y Plantas ha celebrado junta general. La preside don Gabriel Maura, conde de la Mortera, hijo del eminente jefe del partido conservador español, don Antonio Maura.

Ilustres prohombres que asistieron al entierro del exministro don Alberto Aguilera. Entre ellos se destaca la conocida figura del actual presidente del Consejo de ministros, señor Dato.



Esta noche es Nochebuena... y hay que hacer ruido. La zambomba no puede faltar en el acompañamiento de los villancicos, ni tampoco la panaera, cuyo estruendo domina al de los demás instrumentos propios de estas fiestas.



En una fábrica de porcelana cerca de Kioto. Los obreros dan los "últimos toques" á un magnífico jarrón, en cuyo decorado han hecho, una vez más, alarde de su fantasía caprichosa.



LAS ABEJAS DE ORIENTE



CONSTANTEMENTE los occidentales nos vemos obligados á reconocer que el remoto, laborioso y sugestivo Oriente es cada vez más admirable. En muchos sentidos, nuestra civilización tiene mucho que envidiar á la de estos pueblos, abuelos del mundo, cuna de fragante poesía, patria también de la belleza. Reciente está casi el viril, desconcertante ejemplo del Japón, cuando su tenaz lucha con el imperio moscovita. Entre el estruendo de los cañonazos de Port-Arthur, Europa miró con asombro á aquel pueblo nipón, que si hizo de la cerámica una industria de fragilidades deliciosas y de sus trajes un fondo encantador de albanico, demos-

tró, con un sentido patriótico y una cohesión nacional admirables, que estaba capacitado para sostener honrosamente su prestigio de nación robusta.

Y ¿qué decir de la China, la milenaria, la venerable, la China incommovible? Muchos, muchos años antes que los europeos, y aunque en forma rudimentaria, conocieron la brújula, la imprenta, la pólvora, la rueda. Y, como sabéis, antiquísima es la fama de que vienen disfrutando sus dos industrias sobresalientes: la de la seda y la de la porcelana. En ellas han derramado á raudales su fantasía; todo el Celeste Imperio dijérase que se refugia, policromo, vistoso, excepcionalmente decorativo



Japoneses esmaltando esos vasos y jarrones tan artísticos que se ven en muchos "interiores", hospitalarios, confidenciales y simpáticos. En el arte de la cerámica, los hijos del Imperio del Sol Naciente compiten con los del Celeste Imperio. Son más decoradores y de inventiva más jetiz

en la tela, en el jarrón con que el occidental adorna su gabinete donde estudia, labora, divaga, en momentos de silencio dulcísimo ó de efusiva comunicación con sus semejantes.

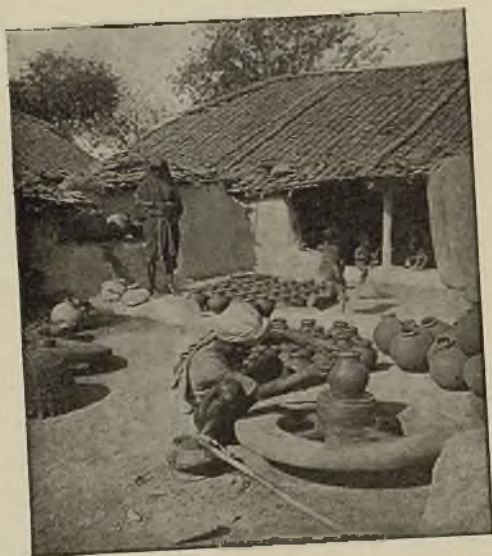
EL HOMBRE ES BARRO... Y LA BELLEZA TAMBIÉN

Desde que, como el Génesis cuenta, Adán fué formado por Dios « del barro de la tierra », inspirando en su rostro el soplo de la vida, el barro fué compañero del hombre. La alfarería es remotísima, y escribir la historia de la cerámica, equivaldría á escribir la del género humano. En la edad de piedra y en la del bronce ya se usaban vasijas, toscamente fabricadas, con adornos más ó menos caprichosos. Egipto produjo hábiles alfareros, porque el Nilo les suministraba arcilla de excelente calidad. Y esto era varios siglos antes de Jesucristo. Citaremos de pasada la cerámica de Asiria, Babilonia, Beocia, Creta, Etruria, Atica, Corinto, Roma, etc., de todas las cuales se conservan en los museos ejemplares curiosísimos, y elogiarémos especialmente á la China, de donde es originaria esa cerámica tan apreciada y en boga que se llama porcelana.

« La célebre fábrica de Chin-te-Chen — escribe Judith Gautier, — que existe todavía, está situada en el valle de Fo-Liang, á orilla de un riachuelo llamado Chang, y guarda aún, desde hace ocho siglos, los preciosos secretos de la fabricación.

» Tres mil hornos arden constantemente y más de un millón de obreros trabajan noche y día. Todo el mundo vive de la gran fábrica; los niños y los ancianos rocían el caolin y los ciegos machacan los colores.

» Por la noche parece desde lejos que una enorme hoguera abrasa el valle, y el caminante rezagado que marche por el ribazo cree ver revolotear en medio de las llamas el pussah (1) de la porcelana, el



Bajo el ardiente sol, el humilde alfarero moldea la arcilla, valiéndose tan sólo de las manos. Los rapazuelos, desnudos, juegan en "la fábrica". Momento plácido de una época y de una comarca remotísimas.

que, en otra época obrero de Chin-te-Chen, por no haber podido obtener un modelo propuesto por el Emperador, se arrojó en el horno, transformándose en un vaso maravilloso que tenía « el color del cielo después de la lluvia, la limpidez de un espejo,

(1) Lo que en España se llama «dominguillo», figurita de cualquier substancia, en cuya parte inferior lleva un pedazo de plomo, á fin de mantenerle constantemente en posición vertical. Con la palabra pussah ó pussa, los hijos del Celeste Imperio designan un personaje fantástico acerca del cual corre la leyenda que relatamos.



Trabajando el cobre. La instalación es también rudimentaria; pero las manos de estos obreros — negras, ásperas y rudas — son, sin embargo, de hada...

la finura de una hoja del bambú y la sonoridad de un gong (2).

(1) Instrumento musical de Oriente, en forma de disco, y que se toca con una varita, uno de cuyos extremos está provisto de una bola ó pelota de cuero.

» Sólo la ciudad de Fu-Chen es la que hace una seria competencia á Chin-te-Chen. En ella se fabrican los objetos antiguos con los que se trafica descaradamente, reproduciendo los estilos de todas las épocas: los fondos granates con velas

rojas del tiempo de los Ming, la porcelana azul de los Tsin, el verde de los Sui, los fondos blancos del siglo VII, los azul celeste del X, los grises pálidos y los blancos de luna... »

La China mantiene victoriosamente su tradición, y todos los años envía á Europa, á América, sus labores de hada en seda y en porcelana. El Museo Guimet, de París, posee una colección de cerámicas orientales verdaderamente valiosísima. Cada plato, cada jarrón, cada vaso es una obra de arte que honra á este pueblo, viejo amigo de la belleza. El búcaro de sobre la mesa, el jarrón del vestibulo — con la opulencia afiligranada de sus flores pomposas, de sus pájaros fabulosos, de sus dragones y sus palacios y sus colinas y

sus ríos — tienen tal plasticidad, oran tan singularmente, que estos cacharros frágiles, estos pedazos de barro parecen pebeteros por la oleada fragante de evocaciones que suscitan, parecen cajas de música por la armonía dulcísima de su colorido...

Una ráfaga de exotismo envuelve la estancia, dando al mobiliage occidental — por muchos y exquisitos que sean sus méritos — una palpitation de luz y de poesia que anima las flores con que una mano amada de mujer ennobleció la humilde vasija de caolin.

LAS ABEJAS DE ORIENTE

Desde la sencilla ánfora de barro hasta



Alfareria en el Indostán. Empleando útiles y hornos de los más primitivos, estos alfareros fabrican objetos de notable originalidad que iluminan á mano caprichosamente.

el jarrón de metal, la fabricación de estos objetos de utilidad y de adorno ocupa á infinidad de pueblos asiáticos.

Lejos geográficamente del mundo, trabajan como incansables abejas, para que á Occidente lleguen las mieles de su industria.

Los japoneses compiten con los chinos en la cerámica artística, desde el siglo **xvi**, n que Garo dayn Goshonzui, nipón, estu-

dió en China los trabajos de porcelana, y cierto ceramista coreano descubrió en Izumy-Yama el caolin. Verdad es que los hijos del Celeste Imperio superan á los del Sol Naciente en la fabricación de la cerámica propiamente dicha; pero, en cambio, los japoneses les aventajan como decoradores.

En el esmalte y la taracea, son los nipones consumados maestros. Intuitivamente producen obras de arte que constituyen la delicia de los coleccionistas.

En el Indostán, la alfarería es industria también de hace siglos, á la que se dedican infinidad de hombres. La escena cambia, pero las abejas siguen laborando. De las manos de estos hombres bronceados salen orzas, alcarrazas, ánforas, vasijas más ó menos esbeltas y de varia forma, que han de contener esencias, aceites, granos, cuando no la fresca y cristalina agua de los aljibes, consuelo del viandante bajo el sol abrasador.

La fábrica, como los útiles, son de una



El señor Naurikawa, japonés, ceramista de los más reputados, contemplando á uno de sus mejores obreros. En cuanto éste termine su delgada labor de taracea, el cacharrillo, frágil, esbelto, menudo, será disputado por algún coleccionista occidental y fervoroso.

sencillez primitiva. El Indostán, hábilmente, y con rapidez asombrosa, moldea las vasijas, que decora con arreglo á su fantasía, tal vez no muy depurada, pero siempre original. Luego, el buen sol las seca, y allá van, ya concluidas, al mercado de Lahore, donde se venden á precios baratísimos.

Una substancia menos humilde que la arcilla — el cobre — ha dado origen en Birmania á otra industria artística en que lo decorativo desempeña un papel importante.

En dicha región abundan las minas de cobre, muchas de las cuales yacen casi á flor de tierra. Inglaterra, siempre cuidadosa, ha impreso una gran actividad á los trabajos de descubrimiento, porque el aludido metal es considerado como de excelente calidad.

Hace ya mucho tiempo que los birmanos trabajan en él, pero emplean útiles toscos y primitivos. Su destreza y su fantasía suplen tales deficiencias tan liberalmente, que les ha permitido adornar con maravillosas filigranas todos los monumentos más notables de Birmania. De ello son notable ejemplo las famosas ruinas de Mogok.

En Ceilán abundan, asimismo, artífices que fabrican jarrones,

bandejas, armas y otros objetos de verdadero gusto. El taller no puede ser más modesto. Nada de vastos hornillos, de maquinarias complicadas, de instalaciones espléndidas. Una especie de braserillo y un tubo que suple ingeniosamente al fuelle, bastan para que, bajo la acción del fuego, el metal se ablande y dócilmente le de el obrero las originales formas y combinaciones apetecidas.

Una vez más, estas abejas laboriosas, con el producto de su paciencia y de su arte, asombran al europeo.

Legión de magos que transforman genialmente la porcelana, la arcilla ó el cobre, allá lejos trabajan incansables, comunicando á sus obras, que no firman, que no les dan la inmortalidad — con que les den para vivir tal vez les baste — algo muy suyo, amoroso y sentido.

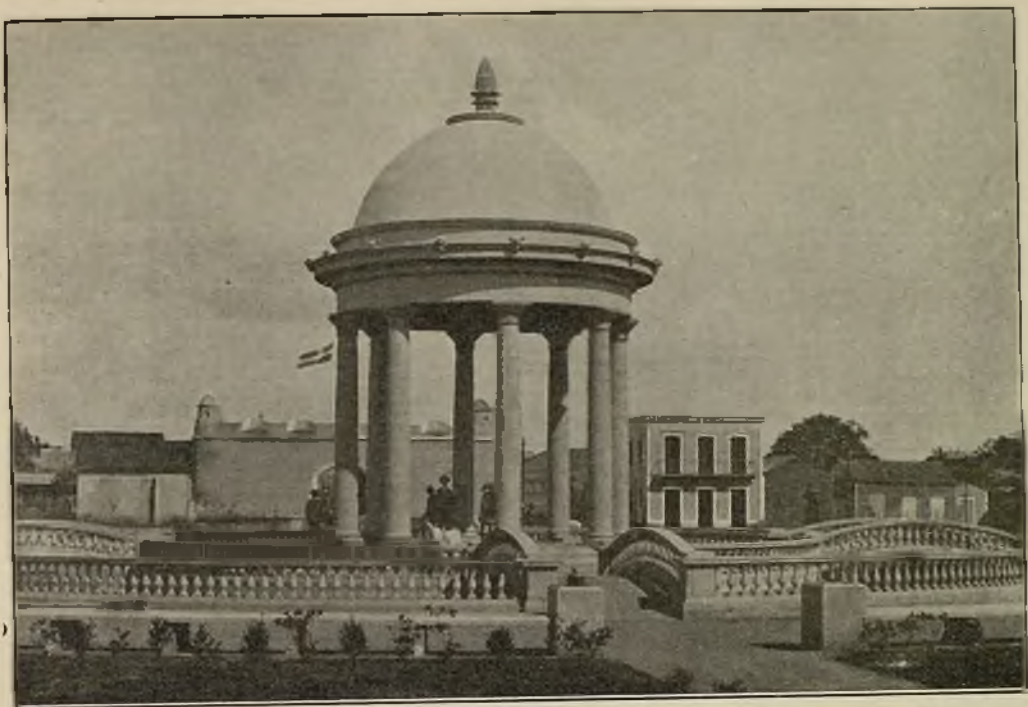
Nipón serio, cejijunto, con esas gafas anacrónicas y ese holgado kimono tan simple y tan plástico, ¿en qué piensas mientras adornas ese jarrón con la flora y la fauna más fabulosamente decorativas? ¡Inda semidesnudo, ¿no presientes, mientras trabajas bajo el sol, en tu rústica alfarería,

otros
cielos
y
otras
tierras?

A. T.



Procedimiento, harto sencillo, como se ve, para limpiar las piedras preciosas recogidas en Ceilán, las cuales se incrustan luego en jarrones, bandejas y otros objetos, dándoles un valor artístico muy estimado.



Plaza de la Independencia.

LA REPÚBLICA DOMINICANA

EN TRE los países de América, hijos de España por la sangre y los afectos, es la República Dominicana uno de los pocos que continúan la tradición de los abuelos, prendada de prestigios y heroísmos quijotesco.

Impregnada del alma de sus predecesores, llena de contradicciones en el proceso de su vida evolutiva, es una admirable evocadora de escenarios del pasado, una verdadera poseedora del sello de la raza.

Pueblo soñador y poeta, pueblo de guerreros, siente que no hay belleza sino en la lucha.

¡Y maneja la lira como maneja la espada!

ALLÍ donde las piedras cuentan histo-

rias muy lejanas, y las sombras vagan en las ruinas legendarias, vibra la Poesía gallardamente, noblemente, al influjo de los ecos que surgen de las entrañas de la tierra.

¡Y rima dulzuras en que trascienden fragancias de violetas y jazmines, sugiriendo la visión de un país maravilloso, donde hay arrullos de pájaros, murmullos de aguas, mujeres hechiceras, y el cielo es muy azul y las montañas muy verdes!

Así es la Patria, la Patria Dominicana, nuestra Patria.

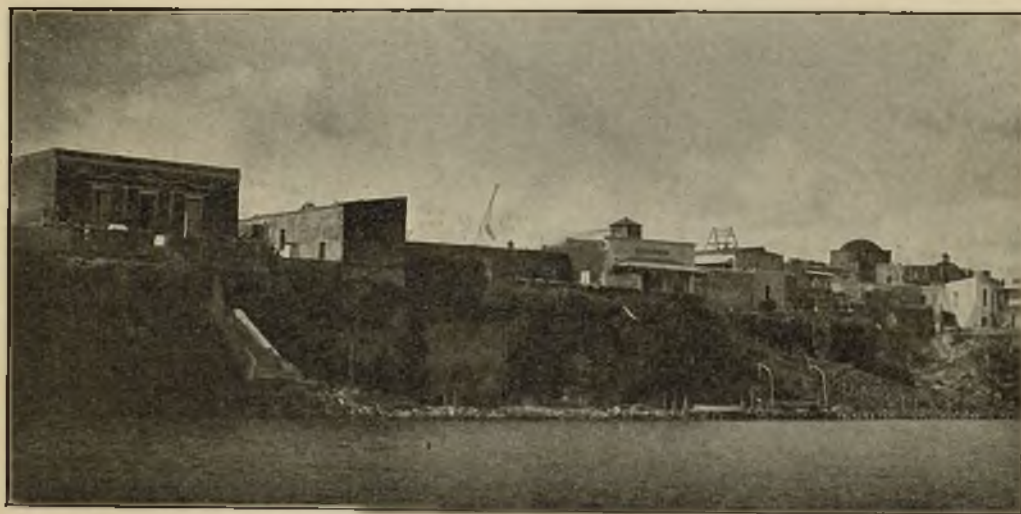
En impulsos de juventud, rebelde y audaz se lanza a los peligros.

Obsesionada por la visión de un futuro, rico en esplendores, glorifica la guerra, exaltando el gesto destructor.

Y, esforzándose por salvar la barrera infranqueable a sus deseos, con terribles



Ruinas del Palacio de Colón, donde se establecerá el Museo Nacional.



Vista de la Comandancia de armas de la capital.

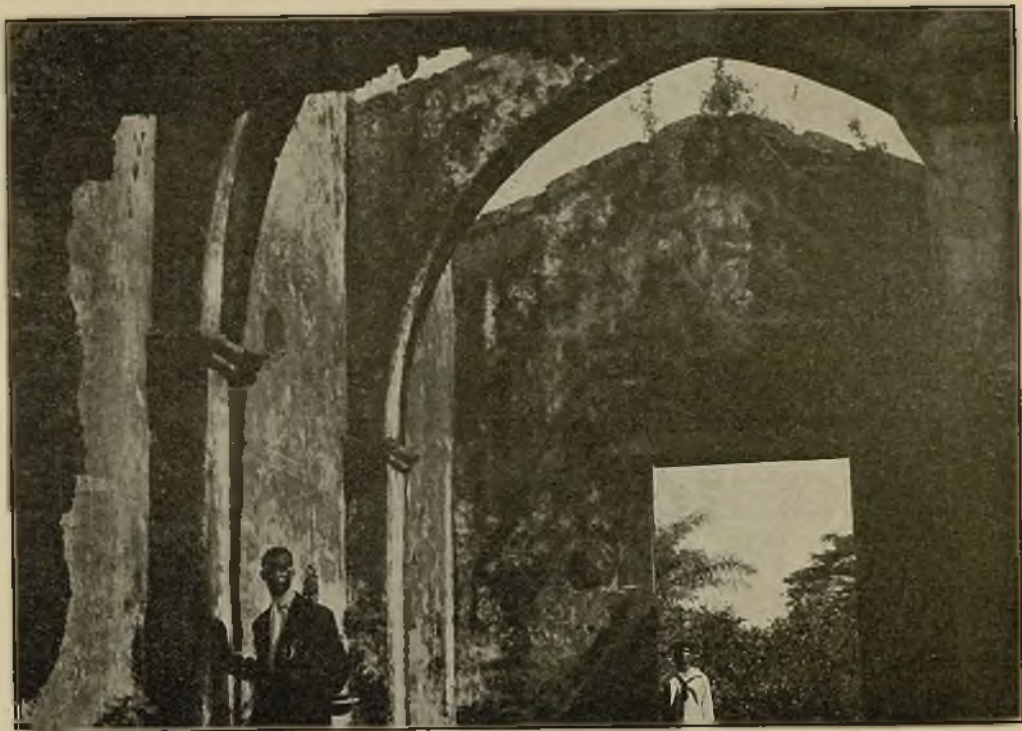
contorsiones de adalid exasperado, trata de realizar su ensueño.

Entre las agitaciones y violencias de la lucha, abierto el sendero que al ideal

conduce, vendrán la calma y el reposo apetecidos.

..

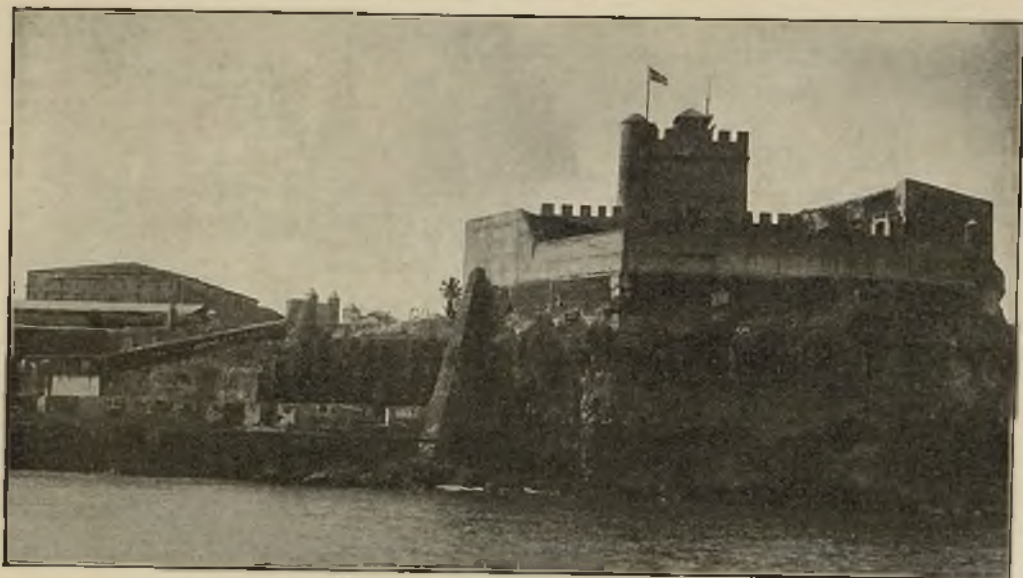
Enamorada de las nuevas ideas, esa



Ruinas de San Francisco, donde estuvo enterrado Don Alonso de Ojeda. Hoy reposan sus restos en el ex-convento dominico. Los dominicanos no han querido ceder á Venezuela los restos de su descubridor.



La fuente construida por las españoles á orillas del Ozama, donde hacen aguada los buques.



VISTA DEL HOMENAJE

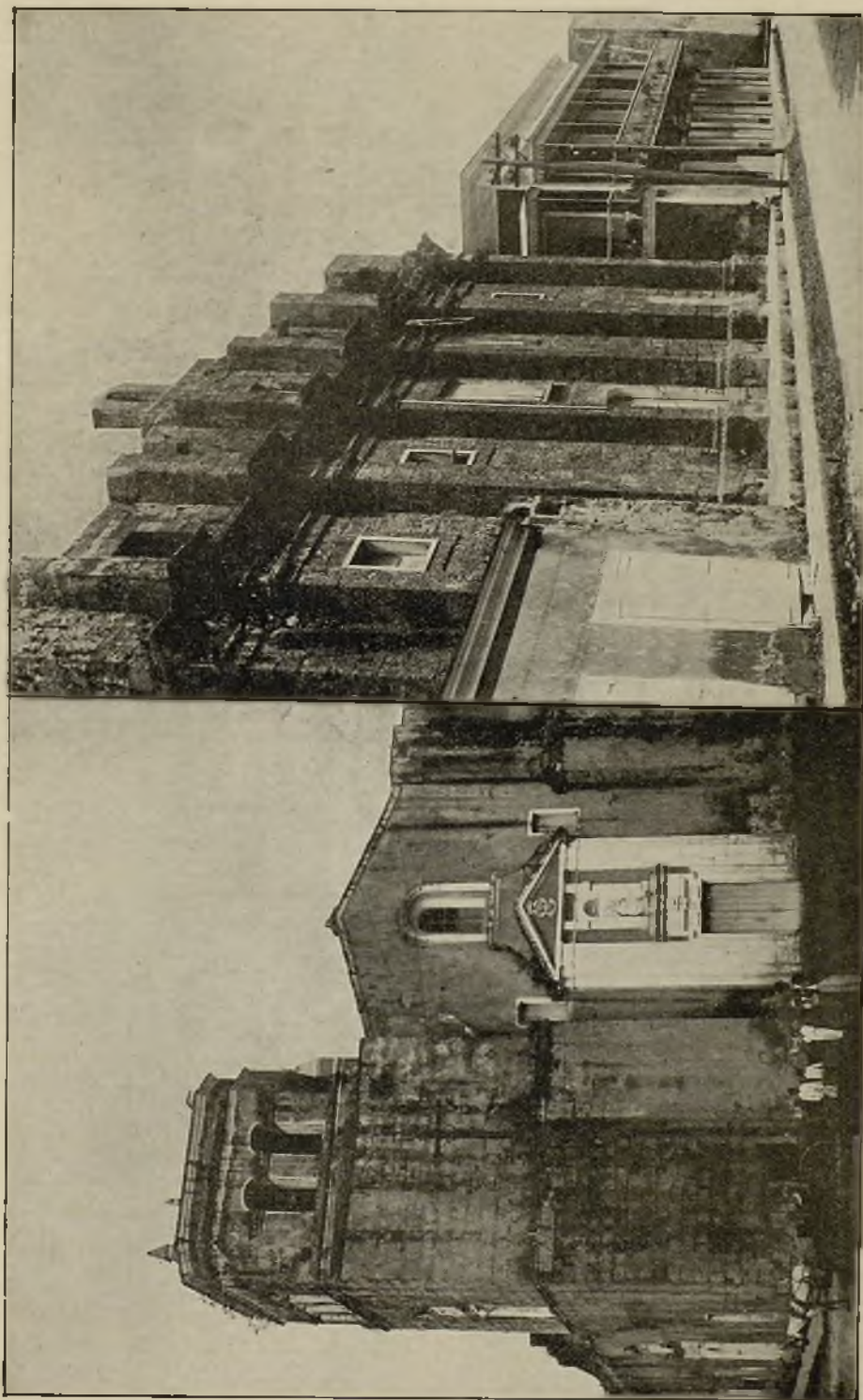


VISTA DEL PUERTO

Margen izquierda, donde estuvo primitivamente Santo Domingo. Fue abandonada, á causa de las hormigas, para edificar en la margen derecha la ciudad.



Entrada del puerto de Santo Domingo, formado por el estuario del río Ozama. En la punta, la torre del Homenaje, construida por España, y donde se dice estuvo preso Cristóbal Colón.



Iglesia de las Mercedes, residencia actual de los capuchinos españoles.

Ex-convento de 'esultas, hoy teatro de la República.



Senado y Camara de los dipntados ; esta ultima, fué edificada por los españoles.



Senado.



Antigua puerta del Conde, hoy del 27 Febrero, porque en esa fecha del año 1844 se inició allí la guerra de la Independencia contra Haití.



Iglesia de San Antón (ruinas).

exuberancia de espíritu y de vida, metamorfoseada ya, se manifiesta con asombro de las voluntades hostiles.

En medio del fragor de los combates, un fervor de verdad y de belleza se anuncia venturoso.

En las ideas, en la fuerza de los principios, constituirá el sólido pedestal de su grandeza.

¡Cubierta de heridas y hondas cicatrices, bañada en sangre de sus propios hijos, al Porvenir val...



Almacenes de la aduana y Comandancia del puerto.

¡Desfallecida y triste, obedeciendo á una ley incontrastable!

Mirlos y rosas busca en la agria ruta para agregarlos á sus gloriosos laureles.

Con ellos ha de coronarse nuevamente,

á la sombra redentora de la paz y de la civilización.

MERCEDES MOTA.

Paris, 24 diciembre 1913.



Puerta de la antigua Casa de la Moneda fundada por España.



Por pistas trazadas, las parejas se esfuman en la lejanía. En el horizonte, el pico de una blanquísima montaña se confunde con el cielo plumizo y, sin embargo, benévolo.

LAS DISTRACCIONES

..... en San Moritz

de una joven elegante



CUANDO, de madrugada, la viajera que ha venido a pasar en las elevadas regiones del Engadine y del Tirol las más frías jornadas del día, se levanta y se aproxima hasta la más inmediata ventana, el espectáculo que se ofrece á su visita no puede menos de admirarla.

Si nos fijamos en los primeros planos, en donde se alinean algunos hoteles demasiado vastos, descúbreanse esas pra-

deras rosadas que se pierden en la lejanía remontando las pendientes, descendiendo las cuestas. Siempre inmaculadas, siempre deslumbradoras. hasta cubren los tejados de las casas y, además, las quebraduras de las rocas alfombradas por la nieve.

En la dirección de Pontresina, la viajera recuerda las largas filas de excursionistas, los *breaks*, los landó que se alejaban en agosto, bajo los ardientes rayos de sol, por los caminos polvorientos.

La nieve reemplaza á los campos de amapolas, de narcisos, de claveles y de todas esas flores immaculadas y olorosas que el sol de la Purificación hace pimpollear en los jardines de Provenza.

Muy pronto el paisaje se anima, resueñan los tímbrs de los hoteles, y todo el movimiento de estos *Palaces*, á pesar de la hora tardía en que terminó el baile, se difunde por la planicie.

Los pasatiempos al aire libre son tan diferentes de los que se practican en los climas templados, que sólo la mujer fuerte, principalmente la inglesa, se arriesga á afrontar estos deportes, aunque, en verdad, bien protegidas del frío por gorras de lana y por abrigo también del mismo punto, además de las sedosas pieles con que se envuelven el cuello.

Por pistas trazadas en la nieve, en equipos de tres ó cuatro, acurrucadas sobre el gran patín-coche que emplean como vehículo, en cuya delantera se sienta el, ó la más experimentada, que gobierna el volante, se deslizan á inverosímiles velocidades, agarradas unas á otras, ayudan-

impide que á veces este género de trineo dé la voltereta, con gran daño para sus ocupantes, que pueden muy fácilmente romperse una pierna ó dislocarse la muñeca.

Los *skis*, esos largos patines de dos metros que permiten marchar á una velocidad disparatada al bajar las pendientes, exigen un bastante penoso aprendizaje, lo que no implica que la mujer llegue á dominarlos tan bien como el *bob*.

El grupo de deportistas cambia completamente el panorama, y, por si faltaba algo, los *tennis* y el *kurling* barren la nieve.

Con este régimen, no debe extrañar que hasta las personas más desgana- das sientan un voraz apetito. Mas la elegancia, el comedimiento exige que se almuerce lo más tarde posible, y es que á las lindas señoritas les ha sido necesario quitarse los pesados zapatos de deporte, claveteados y horribles; los abrigo de punto y las rojecees intempestivas que asomaban á su rostro.

Durante la *gran quincena*, los campeones de *ski* ó de *bobsleigh*, noruegos, suecos, canadienses, rusos ó daneses, acuden á disputarse los premios, y la multitud se estruja á lo largo de las pistas á fin de no perder un detalle de estas carreras sensacionales, que juzgan como verdaderos profesionales en la materia, por ser hijos del país.

Varias veces por semana, interesantes conciertos sinfónicos, consagrados en su mayoría á Wagner ó á Beethoven — lo mismo que en Monte Carlo — reúnen lo más escogido de la sociedad. La afluencia de público es tan grande, que el ruido de las puertas que se cierran y los asientos que crujen impide frecuentemente que se oiga una parte del programa, que no á todos interesa, porque junto á unos ojos desbordantes de vida y risueños no hay mozalbele capaz de oír con atención la *Sonata Patética*.

Alrededor de las mesas de té, lo mismo que en las playas, se comenta la entrada de los recién llegados, se forjan proyectos... para el día siguiente, para el otro, pero nunca para un plazo más lejano, porque las relaciones tan afectuosamente comenzadas raramente llegan á consolidar, como la nieve que les rodea.

Por la noche, la mundanidad vuelve á recuperar sus fueros, y en el cotillón las



La mundanidad ha vuelto á recuperar sus fueros; la linda deportista diríase ahora una muñeca.

dose con brazos y piernas, cuando el *bob* torna demasiado bruscamente, lo que no



El "bob" pasa con rapidez vertiginosa, pero no se oye un solo grilo. La mujer que lo dirige lleva el pensamiento deslumbrado por la pista sin fin y el deseo de alcanzar á sus contrincantes. Las restantes, menos ocupadas, aún encuentran tiempo para sonreír.



Muy pronto el paisaje se anima; resuenan los timbres de los hoteles, y todo el movimiento de estos "Palaces", á pesar de la hora tardía en que terminó el baile, se difunde por la planicie.

toilettes deslumbradoras hacen su aparición, y aquellas que durante la jornada rivalizaron en arrojo, tratan de asombrar á sus amigas con el espectáculo de su riqueza, y la parisiense no es sin duda la menos elegante.

Cuando la vibración del último violín se ha apagado, los grupos desaparecen por los pasillos, entre risas y bromas. Durante algún tiempo, resuena el bullicio de la colmena; luego, todo queda en silencio.

Al día siguiente, fuertes como la vispera, las amables mujercitas se levantan temprano, y como hicieron el día anterior, contemplan curiosamente el espectáculo de esta naturaleza de blanchura cegadora. Pero ya no se ponen las ricas galas de la noche ni se cuidan de si en el rostro queda alguna rojez molesta. Alegremente, vuelven á calzarse los zapatos de gruesos clavos, lócanse con el gorrito de punto, sujetan su esbeltez en el abrigo



albo, y salen á la planicie infinita en donde ya les aguardan otros amigos. La mujercita elegante, momentáneamente, ofrece gustosa á esta naturaleza espléndida el sacrificio de su coquetería.



LAS
HEROÍNAS
de Alfredo de MUSSET

por

ENRIQUE ROUJON

De la Academia de Bellas Artes.



MIMI PINSÓN...

*La más traviesa, la más amable, la más amada de las heroínas
de Alfredo de Musset.*



MUSSET
según un apunte

Las heroínas de Musset! ¡Qué conjunto tan admirable! En el difícil arte de crear figuras inmortales, Alfredo de Musset no podrá ser igualado. Las mujeres de Shakespeare palidecen junto á los Macbeth, Otelo y Hamlet; y aunque triunfa en los monstruos y en los criminales, sus inocentes Ofelias, Desdémonas y hasta la misma Julieta atraviesan la escena con gracia de fantasma. Victor Hugo creó en Fántina un ser inolvidable, pero Esmeralda y María de Nenburgo sólo poseen un encanto convencional. Y las figuras de Musset palpitan, en cambio, de verdad.

Poeta de la mujer, á ella se consagra por entero. Menos imaginativo que sensi-

ble, Musset no ha hecho en su obra sino traicionar los secretos de su corazón. ¿Es que ha mentido alguna vez en el curso de sus aventuras sentimentales? Puede ser; pero, en la mayoría de los casos, fué sincero. Taine exclamó en 1864: «Conocemos sus obras de memoria, y aunque ha muerto, aún le oímos hablar, porque confesaba cuanto sentía y como lo sentía, porque era más hombre que poeta, y en este aspecto nunca mintió.»

Los retratos que tenemos de Alfredo de Musset, un medallón de David de Angers, de 1831, y un retrato de Carlos Landelle, lo muestran tal y como debía ser el poeta, amado como ninguno por las mujeres, que sin duda creían contemplar en sus rasgos la encarnación de las imágenes más exquisitas, las que un poeta debe ver en sus ensueños.

Existe también un diseño de Aquiles Deveria, que representa á Musset á los veinte años. El Musset de Deveria es el muchachito descarado que está á punto de entrar, con el mayor bullicio posible, en el más afamado cenáculo romántico.

Y, efectivamente, poco después lo verá Lamartine «descuidadamente tendido en un sofá, el codo sobre un cojín, la cabeza apoyada en la palma de la mano, en el salón de Carlos Nodier». Al paje impertinente, pues así estaba vestido en el diseño de Aquiles Deveria, reemplazará el dandy desdeñoso y altivo dibujado por Eugenio Lami. El escolar se ha transformado en maestro, el niño en un hombre envejecido por el sufrimiento. Y en estas dos imágenes se resume todo Musset: el autor aplaudido por miles de admiradores y el doliente abandonado en el lecho por la Jorge Sand, en Venecia, cuando juntos hicieron un viaje por Italia.

Cuando era paje en el reino del romanticismo, en sus visiones veía pasar criaturas de belleza literaria, repitiendo complacido:

*Sabéis que tengo por amiga
una andaluza de ojos picarescos.*

Una noche de octubre de 1831, Alfredo de Musset decía á su hermano: «Pienso en que me aproximo á mi mayor edad. De aquí á dos meses, tendré veintiún años, y esto ya es algo. ¿Es necesario que frecuente tanto á los hombres y que haga hablar tanto de mí á las mujeres que me conocen? ¿No he visto ya bastante para contar muchas cosas interesantes, si soy

capaz de decir algo? Si no se tiene *nada* dentro, las sensaciones no despiertan *nada* en el espíritu, pues en nosotros llevamos los elementos de todo, por lo que basta ver un poco para adivinar lo restante.

Musset, herido para siempre después de haber escrito *Mamuna* y las *Noches*, por el desengaño de la Jorge Sand, se precipitará de los caprichos de su pasión á la embriaguez, con intervalos de tierna amistad por mujeres-hadas que se llamarán la Malibrán y la Raquel. Lo que hace de Musset un personaje digno de estimación es que, después de proclamar sus desventuras, perdona con gran facilidad y sinceramente. Y en su testamento sentimental, Perdican exclama, convencido: «Todos los hombres son embusteros, inconstantes, falsos, parlanchines, hipócritas y cobardes, despreciables y sensuales. Todas las mujeres son pérfidas, artificiosas, curiosas y depravadas. Pero existe en el mundo una cosa sublime: la unión de dos seres tan imperfectos y espantosos.» Perdican cometió el crimen de sacrificar á Rosita por Camila, por la tumultuosa Camila, que razona acerca de las pasiones; y el poeta la odia. La joven es pesimista, y Musset, el viajero malherido en Venecia, desborda de optimismo y no quiere ver en el sufrimiento sino el rescate de una hora de alegría.

El único bien que me queda en el mundo, es el haber llorado varias veces.

Musset, y no se grite paradoja, es el cantor sin igual de la virtud, porque en obra alguna aparecen tan delicadas siluetas ni mujeres tan inocentes.

En sus comienzos, cuando se divertía escandalizando, sin duda mal aconsejado por el deseo de distinguirse, Ninón y Ninette, que conocía mal, le reposaban de sus extravíos. Dos jóvenes, encontradas en Mans, le sirvieron de modelo en sus ensayos idealistas, pues la musa verdad del poeta es la muchacha inocentona, que entra en su obra en las dos hijas del tío Laerte, y ya no volverán á escapar de ella.

A la insoportable virtud de melodrama y de zarzuela, se opondrá la visión que, deslumbraba á Musset:

*Una virgen en oro fino de un libro de
[leyenda,
En una ola de terciopelo empujando sus
|piececillos*

Y, en el fondo de su sueño más amado, la dulce aparición cambiará de forma sin variar de alma, y así será, sucesivamente, la doliente Lucia, cuyas blancas manos caritativas vagan por el teclado; la princesa Isabel de Fantasio; la Carmosina y, sobre todo, Cecilia de Mantes, cuya ingenuidad triunfa en pocas palabras de las dudas de Valentín: «O tengo bajo mi brazo al demonio más astuto que ha arrojado el averno, ó la voz que me habla es la de un ángel que me abre el camino del cielo.»

En el teatro, como en la novela, Alfredo de Musset nos presenta un repertorio de



MUSSET
según un apunte

figuras consoladoras. Nadie ha hecho hablar como Musset á la doncellita, á la esposa y á la madre. El poeta gusta también mucho de las mujeres de ingenio natural, sin alambicamientos ni estudio, y las Mimi Pinsón y las Bernerelle nos hacen sonreír con sus travesuras y pasiones, que son innatas en una juventud sana y dichosa de poder cantar, cuando los primeros rayos de la primavera dora las hojas de los árboles, y de derramar una lágrima cuando le anuncian la muerte de una compañera de taller, á la

que le ofrecerá su ramito de flores, por última vez, aun privándose de pan aquel día y sin perjuicio de que horas después ría como loca.

La mujer honrada, tal y como la concibió Musset, no se guía ni reflexiona: sonríe y triunfa. Y es que el alma que mucho medita, puede ser honesta, pero se encontrará privada de esa ingenuidad infantil que tanto se echa de menos cuando la lucha por la vida nos encaneció el pelo y apagó los fuegos del entusiasmo y de la espontaneidad.





Los aviadores desconocidos

Les proezas de Daucourt y Védérines

El viaje emprendido por Daucourt y su pasajero Roux, desde París al Cairo, presenta enormes dificultades, y sólo una voluntad como la de este aviador ha podido luchar contra el mal tiempo, el mal funcionamiento del motor y otras mil contrariedades que ha tenido que vencer.

Cuando salió de París, el tiempo era espantoso: tempestad, lluvia y niebla, por lo que en Sens, Daucourt rompió parte de su aparato. Después, por si los obstáculos que le ponía el tiempo fueran pocos, tuvo que dar un gran rodeo y pasar por Suiza, apartándose así de las zonas alemanas sobre las cuales está prohibido atravesar. Y durante tres días el aviador se ve detenido en Schaffouse. A pesar de todo, se pone por fin en camino; pero la bruma del lago Constanza le obliga á aterrizar en Stein, y su aeroplano sufre diversas averías. Después, los incidentes no pueden contarse; pero, heroico atraviesa los Cárpatos por su parte más elevada, á causa

de las zonas prohibidas, á 2.580 metros de altitud! y desciende en Bucarest y Varna, atraviesa el mar Negro y aterriza de nuevo en Rodesia, en donde durante dos días le inmoviliza el mal tiempo. Por fin emprende otro vuelo más feliz y llega á Constantinopla y después á Adabazar.

Tras de haber realizado admirables proezas, rompe el aparato, cuando se encontraba á 60 kilómetros de Alexandrette.

¿Continuará el aviador con otro nuevo aeroplano? No se sabe, aunque es posible lo haga; mas, de todos modos, es digno de aplauso sincero su *raid* de 4.650 kilómetros; pues por las dificultades que presentó, este viaje aéreo es uno de los más notables que se han intentado.

Por su parte, Védérines, el popular aviador, más afortunado que su contrincante, llega el primero al Cairo, después de haber volado sobre Praga, Viena, Sofía, Constantinopla, Conia y el Tauro.

¡Nuestra felicitación á los animosos aviadores!



EL SIMPÁTICO ARTISTA FERNANDO VISCAÍ, EN SU ESTUDIO DE LA CALLE DE LA FERRIÈRE
En el taller se ven algunos de los cuadros vendidos para el Museo Hispánico de Nueva York.

NUESTROS ARTISTAS

Fernando VISCAÍ

ESTE notable pintor valenciano, al transplantarse a París, ha conservado, en su desbordante paleta, cuanto hace de tal región un paraíso terrestre: la luz y el color. Sus cuadros, pues, estudios de la España real, nos deslumbran y atraen; y si los vemos en la Exposición, en el Salón, el corazón nos da un sobresalto, é inmediatamente nos detenemos para contemplar la obra



pujante, que nos evoca los rincones de nuestra España con fuerza irresistible, con todas sus luminarias, con toda la alegría de sus mozas traviesas. París, debido á esto, no parece haber influido mucho en las tendencias artísticas de Fernando Viscaí, lo que no quiere decir permaneciera indiferente á la agitación artística de la vieja Lutecia, aunque su carácter entero no

Auto-retrato de Fernando Viscaí, adquirido por Mr. Huntington, de Nueva York.

sabe doblegarse á los caprichos de cierto público, deseoso de ver aún la España trágica, tan hábilmente explotada.

En el medio pictóricamente brumoso de París, no obstante, los cuadros de Viscái han llamado la atención, y, como en la misma Valencia, ejemplo Sorolla y otros muchos, su policromía y gracia ha hecho exclamar á más de un *amateur* parisino, recordando las palabras de cierto pintor célebre:

— ¡Oh! ¡Ese hombre no pinta con el pincel, sino con el corazón!

Y es verdad; pues en sus cuadros hay una gran sensibilidad, que en ciertos



TIPOS DE TERUEL

Este cuadro, presentado en el Salón de otoño de París, llamó extraordinariamente la atención. De dibujo sólido, estas cabezas conquistan inmediatamente nuestras simpatías.



LABRADORA VALENCIANA

En este otro cuadro, también expuesto en el Salón de otoño, se nos aparece el Viscái que admiramos: el de las Venus campesinas de pañolela, encaje y rostro de enamorada, de flores en el corpiño y ojos rasgados.

pintores se manifiesta en la fragilidad y melancolía de sus composiciones, pero que en Viscái aparece en el arrebol de las Venus campesinas y en el vibrar de una naturaleza vigorosa.

El triunfo vaticinado por sus amigos llamó á sus puertas, y hace varios días ha vendido unos cuadros á mister Huntington, entre ellos su auto-retrato, para el Hispanic Museum de Nueva York.

Uniéndonos á sus admiradores, felicitámosle, y, aunque no lo necesite, le animamos para que continúe conquistando las hojas del laurel de la gloria que forman la corona de los vencedores.

PEDRO RECIO AGUERO.





*La ronda nocturna cantando los Sacramentos
ante la reja de la novia.*

— POR — **LA ESPAÑA DESCONOCIDA**

*Dos mozos lagarteranos en traje de domingo.
¡No les parece que el número de refajos es
excesivo*

A pocos kilómetros de la histórica villa, feudo un día de aquellos célebres condes de Oropesa, y sobre una leve prominencia del terreno, á diez y ocho leguas de Toledo, yérguese, altivo y gallardo, un pueblo cuyas costumbres típicas, originalísimas y pintorescas, conserváanse fieles á una tradición milenaria y que aparece, hoy día, como petrificada por las heladas brisas de la Sierra de Gredos, fondo majestuoso ante el cual se destaca ese lugar, casi en absoluto ignorado aún por los mismos españoles.

El que por primera vez llega á Lagar-

tera (que tal es el nombre del pueblo que nos ocupa), al observar sus originales tipos, sus trajes maravillosos y sus singularísimas costumbres, júzgase transportado, como por ensalmo, á alguna región del Cáucaso; tal es la visión que á sus ojos se ofrece, acrecentada por la policromía de sus vestiduras, mucho más estrambóticas que las de los charros salmantinos, y en las que aún es mas desenfrenada la orgía de los colores.

Aunque, por regla general, la lotografía, con su inflexible exatitud, habla mejor que cuantas descripciones se intentasen, no da en el presente caso idea justa de tal visión, por carecer del colorido chillón y abigarrado de semejantes trajes.

Obligado el cronista á no traspasar los límites á que debe ajustarse todo trabajo



Interior de una casa rica.

Una escena de la ronda del calzado.



En la plaza del lugar, los comentarios no tienen fin.

periodístico, ha de circunscribirse á reseñar con la mayor brevedad alguna de las curiosas costumbres lagarteranas, por él observadas en una boda, y que son el rito ó precepto de cuantos esponsales allí se verifican.

Nada menos que ocho días duran las fiestas, sean los novios ricos labradores ó modestos campesinos. Ya desde el primer día la agitación es grande y desusado el trajín en la mayoría de las casas del lugar, por cuyas calles caminan dos numerosos grupos, alegres y bulliciosos, deteniéndose de puerta en puerta.

Forman un grupo la novia y sus *jamelleras* (parientas cercanas ó amigas predilectas de ella), y el otro el novio y sus *pacheros*; van propalando casa por casa la noticia de la próxima boda, noticia que, como es consiguiente, en todo pueblo pequeño ya nadie ignora; mas sin cuya notificación oficial nadie, ni los más allegados, se permitiría sancionar concurriendo al acto. Véase, pues, cómo hasta, en los



La comitiva nupcial, que después de no pocos incidentes cómicos pudo formarse, dirigiéndose á la iglesia.



La iglesia del lugar.



*Una de las más ricas
propietarias de Lagartera.*



*Muchachas del pueblo
con el típico traje luga-
reño.*



*El alcalde en uno de los rincones favoritos de su casa. Los cacha-
tros que adornan las paredes son auténticos de Talavera.*



La ronda nocturna cantando los « sacramentos ».

lugares más apartados y de costumbres más primitivas, existe el protocolo.

El vigente en Lagartera ordena que la anteriormente aludida peregrinación recorra casa tras casa, terminando en la de los padres; y el novio en los de la novia, y ésta en los de aquél, dejan los regalos que mutuamente se cambian, aportándolos en colosales bandejas de junco.

Es tradición fielmente observada por todo lagarterano, aportar á la boda, y para su prometida, el traje mismo que vistió su madre para la suya, y por esta razón, los vestidos estos, legados de padres á hijos, de generación en generación, siempre son centenarios y verdaderas antigüedades del año de la Nana, y valiosísimos casi todos ellos no sólo por sus telas y bordados (oriundos unos y otros de la famosa fábrica de Talavera), sino porque entre sus sorprendentes deshildos y sus primorosas labores ostentan engarces y aplicaciones de magníficos topacios, esmeraldas, rubíes y amatistas.

Por si esto fuese poco, toda moza lagarterana, al recibir semejante presente, aún tiene á gala regalarla con algún otro bordado y con alguna nueva piedra preciosa.

El segundo día de fiestas tiene lugar otro acto curioso y sorprendente en ex-

tremo. El novio carga en unas alforjas treinta ó cuarenta pares de zapatos, y comenzando por la más distante parienta, y acabando por su prometida, ha de ir repartiendo, uno á uno, el calzado que precisamente han de lucir todas ellas en la ceremonia nupcial. Llámase á esta costumbre la *ronda del calzado*.

Aquella misma noche, á las diez, acuden ante la reja, ó bajo el balcón de la casa de la novia, todos los mozos del pueblo, y con acompañamiento de guitarras y bandurrias entonan una sonata lánguida y monótona que el cronista está seguro de haber oído más de una vez en tierras orientales y fiestas musulmanas, entre el correr la pólvora é invocaciones á Alá.

Lo que esa ronda canta son los *sacramentos*, algo así como un resumen y explicación del Evangelio de San Juan y la Epístola de San Pablo, que á la mañana siguiente ha de oír la novia de labios del sacerdote.

El tercer día de fiestas es el de la boda, y muy de mañana, cuantos mozos hay en Lagartera se congregan á son de tamboril en la plaza.

Ya reunidos, marchan por la novia, y al llegar á su casa avanza el novio hasta el

umbral, dirigiendo á los padres, con aire de jota, la siguiente andanada:

A su casa hemos venido
Y acabamos de llegar:
Venimos á por la novia,
Que si no la queréis dar.
A garrotazo tendido
Os la habéis de gobernar.

Quien esto os cuenta, amables lectores, se ha librado muy bien de enmendar ni una sola sílaba á semejante invitación, y si bien no la juzgáis, como yo, ni muy cortés ni muy tranquilizadora, sabed que jamás la novia se hizo rogar gran cosa y siempre, siempre, salió pronta, ya ataviada y precedida, á modo de corte, de sus *jamailleras*, para ir al templo, en cuyo atrio, nunca dentro, es de rigor se verifique el desposorio.

Llega luego la hora del banquete, primero de una numerosa serie que se celebra, y es tan magno, que se le puede comparar con aquel verificado en las famosas bodas de Camacho. Temeroso de que me tildéis de exagerado, no especificaré yo cuántos animales se sacrifican para él; mas he de asegurar, sin la más pequeña hipérbole, que en algunas nupcias efectuadas en Lagartera se han matado más reses que las que generalmente consume el pueblo en tres meses, agotándose en los ocho días de fiesta varias bodegas.

¡Quién sabe si allí, en lo más recóndito de sus convicciones, esos buenos lagarteranos guardan la superstición de que la felicidad de los nuevos esposos ha de hallarse en proporción directa con el consumo hecho el día de la boda! Así, por lo menos, lo deduzco yo de esta costumbre, por observar la cual, si los novios son pobres y no es rico el padrino, no vacilan en empeñarse, ¡sabe Dios en cuánto!

La rondalla vuelve á oficiar aquella no-

che, repitiendo sus cánticos lánguidos, tristes, orientales y primitivos; ha de especificar, muy detalladamente, á cada uno de los cónyuges, sus respectivos deberes y sus exclusivos derechos, repitiéndoselos una y cien veces ante la reja de su casa.

No menos curiosos y chocantes son otros muchos usos y costumbres de Lagartera; entre ellos, el llamado *baile de la manzana*. Consiste en bailar á la novia, después de depositar una cantidad de dinero en el interior de una manzana partida en dos, y que aquella presenta, en la punta de una navaja, á quien la solicita para el baile.

No solicitarla supondría ofensa cruel e imperdonable, y por ello, viejos y jóvenes, pobres y ricos, todos, absolutamente todos, con sujeción á su fortuna, han de desfilarse, depositando mayor ó menor cantidad.

De toda esta extraña serie de tradiciones, en cuya ética vislúmbrase como una huella, como un sello impreso por generaciones remotas, parece deducirse que el mundo no ha progresado para Lagartera; y el ambiente moral que allí se respira es de petrificación y arcaico; el alma del viajero nótese en aquel lugar profundamente impregnada de inefable emoción.

Si preguntáis á los ancianos del lugar de dónde proceden costumbres tan extrañas, usos tan raros, ó á qué época se remontan ceremonias tan singulares, sólo sabrán responderos que las conocen desde su lejana infancia, que sus abuelos así las practicaron desde tiempo inmemorial y que jamás sus hijos ni sus nietos osarán, sin castigo divino, faltar á esa tradición, por siglos y siglos acatada hasta hoy, como Dios quiera que perdure por los siglos de los siglos.

JULIO ARIJA.





París dormía: los revolucionarios, embriagados por la sangre de sus víctimas, se entregaban al sueño, y Fouquier de Thiville era el único que velaba.

DOS CABECITAS === RUBIAS ===

Regresando del Barrio Latino, de una conferencia de la Sorbona, atravesé noches pasadas, para dirigirme al centro de París, el Puente Nuevo del Sena. Desde uno de sus extremos contemple la inmensa mole negra formada por el histórico Palacio de Justicia, cuya imponente y artística silueta se destacaba sobre el horizonte, iluminado por la tibia claridad de la luna.

Llamóme la atención un punto luminoso: era una luz que arrojaba vago resplandor á través de una ventana.

La figura extraña de Fouquier de Thiville, el famoso fiscal, el acusador terrible de la Revolución francesa, apareció al punto en mi mente.

Aquella era la ventana del cuarto de trabajo del gran inquisidor de la demagogia triunfante.

La historia refiere que en los días del Terror, aquel hombre implacable preparaba sus acusaciones á las altas horas de la noche. París dormía; los revolucionarios, embriagados por la sangre de sus víctimas, se entregaban al sueño, y Fouquier de Thiville era el único que velaba.

La histórica ventana mostraba siempre el resplandor de la luz que presidía su siniestra labor.

Cada expediente representaba una sentencia de muerte y cada acusación arrojaba á la guillotina la vida de un hombre.



Me detuve un instante y volví la vista para mirar de nuevo la negra silueta del Palacio de Justicia.

Trabajaba por las noches y trabajaba bebiendo, buscando en la excitación producida por el alcohol el ardor de la pasión y el fuego del odio.

Y Fouquier de Thinville no era, sin embargo, el símbolo de un alma huérfana de toda ternura.

Hay en su negra existencia un episodio que le redime.

Los horrores de la Revolución aparecían cada vez mayores...

Llegó la caída de la tarde de un día de eslio de angustioso calor.

El gran fiscal había trabajado mucho durante las últimas veinticuatro horas; la luz de su ventana había permanecido

encendida toda la noche anterior y su mano había firmado muchas sentencias de muerte.

Agobiado por el esfuerzo realizado... agobiado, tal vez, también, por el peso del remordimiento, salió en busca de aire, en busca de reposo, del Palacio de Justicia, cuando las sombras de la noche caían sobre la gran ciudad. Sus pasos inciertos le llevaron a las inmediaciones del Palais-Royal. Había allí diferentes improvisadas barracas de feria. Casi sin darse cuenta de sus acciones, entró en una de ellas. El público de la barraca, formado por gente del pueblo, no le conocía.

Fouquier de Thinville, silencioso, procurando oscurecerse, permaneció en aquel sitio largo rato.

El espectáculo de la barraca apenas distrajo su vista; pero hubo algo que fijó poderosamente su atención: entre los apiñados espectadores vió dos cabecitas rubias, dos niñas angelicales.

El porte de aquellas niñas, sus maneras, revelaban su distinción, y aquellas niñas no reían, no se alegraban: mostraban en el rostro el sello del espanto, y, asustadas, unían sus cuerpecitos al cuerpo de una mujer modesta que las acompañaba.

El acusador de la Revolución olvidó por un momento su triste papel, contemplando á las dos niñas, y dejóse vencer por la ternura, y sintió dulcísimo interés por su suerte.

Ya en la calle, se acercó á la mujer que las acompañaba y le preguntó amablemente la causa del extraño aspecto de aquellos angelitos.

— Señor — respondió la mujer, — son las hijas del marqués de Cauville. Han presenciado la prisión de su padre y á sus oídos ha llegado el rumor de la muerte que se cierne sobre su cabeza. Las domina por eso el espanto. Yo soy una antigua servidora de la casa. Las he traído á estos lugares para procurarles alguna distracción, para borrar de su mente la amarga pesadilla que las perturba.

Fouquier de Thinville no olvidó el nombre. Volvió al Palacio de Justicia, penetró en su cuarto de trabajo, revolvió expedientes y halló por fin el que buscaba.

¡Allí estaban los papeles del marqués

de Cauville esperando la acusación implacable!

Cogiólos con manos trémulas, y, sin leerlos, los arrojó al fuego. Al amanecer del día siguiente, el noble marqués fué conducido á presencia del fiscal quien le habló de esta manera:

— Estáis en libertad. Disponed de veinticuatro horas para salir de París; aprovechadlas bien. Debéis la vida á dos cabecitas rubias, á vuestras dos hijas. Decidlas que nunca olviden al hombre que conocieron anoche en la barraca del Palais-Royal.

Desde aquel día Fouquier de Thinvillle cumplió mal sus deberes de acusador.

La lucecilla de su ventana siguió ardiendo... pero ardiendo en vano.

Pronto cayeron sobre él las sospechas de sus compañeros. Su prestigio se des-

moronó rápidamente, y de acusador convirtiéndose en acusado, y fué á dar con sus huesos, antes que Robespierre, en la propia Conserjería.

¡Dos cabecitas rubias elevaron sus plegarias al cielo el día en que Fouquier de Thinvillle entregó su cuerpo á la guillotina!

Seguí caminando al lado del Sena, llegué á la plaza de la Concordia, y antes de torcer por delante de los jardines de las Tullerías, me detuve un instante y volví la vista para mirar de nuevo la negra silueta del Palacio de Justicia.

¡Allí continuaba, ya vaga, confusa, muy lejana, la brillante lucecilla!

¡La lucecilla siniestra de Fouquier de Thinvillle!

JUAN DE BECON.



... ¡Fouquier de Thinvillle entregó su cuerpo á la guillotina!



Uno de los monjes del monasterio de San Bernardo, adiestrando á los perros en el salvamento de personas perdidas en la nieve.



Vista del monasterio y estatua de San Bernardo, su fundador.



Los monjes del monte San Bernardo



Con un tiempo de nieve como este no está mal que se recuerde la historia del monasterio de San Bernardo, que colocado en medio de los Alpes Apeninos, entre Martigny y Aosta, dió materia para no pocas fábulas.

Sobre el punto más elevado del camino que conduce de Suiza á Italia, se encuentra, á 2.474 metros de altitud, cerca de un diminuto lago, y á 10 kilómetros de Saint-Rémy, el monasterio que fundó San Bernardo de Menthon, muerto en Navarra el 28 de mayo de 1008.

Trátase del lugar habitado más alto de Europa y puede alojar hasta 600 viajeros á la vez.

El convento está habitado por unos cuantos religiosos de la orden de San Agustín y ayudados en sus trabajos por varios hermanos laicos y por sus auxiliares, esos admirables perros que tan hábilmente saben buscar á los viajeros perdidos en la nieve, en las terribles noches en que nosotros, acobardados por el frío, transcurrimos largas horas al calor de la lumbre y en distraída plática.

La hospitalidad es gratuita, y los gastos, que vendrán á elevarse á unos 50.000 francos, son cubiertos con las limosnas que los monjes reciben de los pueblos más próximos de Suiza y con los dones voluntarios de los extranjeros.

Los Alpes, defensa natural de los países limítrofes, fueron una barrera de difícil paso para aquellos guerreros que, deseosos de arrostrar la pujanza de las armas romanas los tuvieron que atravesar. Cuando aquel país—Italia—sufriendo la regla de todas las naciones, tras una epopeya como pocas gloriosas, pasó á ser una nación de segundo orden—intentaron invadirla, encontráronse con el hostil obstáculo de los Alpes, amenazadores y tenebrosos entre sus nieves de ocho y diez pies de espesor y vertiginosos abismos, que las limitaban por todos lados.

Y, no obstante, los Alpes fueron franqueados varias veces por guerreros intrépidos, aunque á costa de no pocas vidas y trabajos.

El monte San Bernardo, según aseguran los historiadores más competentes, fué atravesado por primera vez el año de 218 antes de J. C. por Aníbal; Julio César

abrió un camino para el paso de sus tropas; los lombardos pasaron por él en 547; Carlomagno en 773; Federico Barbarroja en 1166, y los franceses el año 1798 y 1800, guiados por el gran Napoleón, por el Águila francesa, que no podía menos de cernerse por encima de tan elevadas regiones.

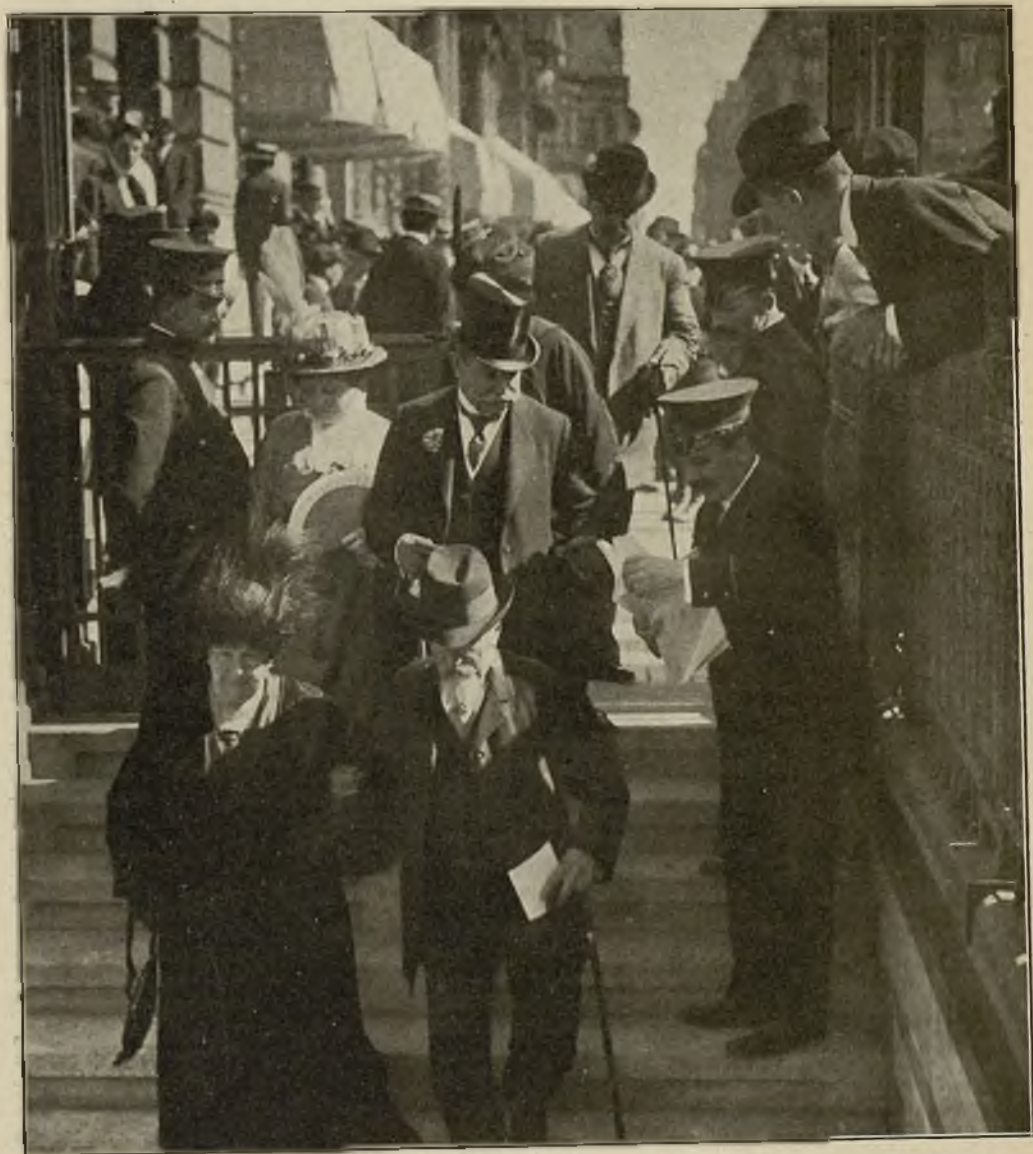
Los viajeros modernos, á pesar de cuanto se diga, menos arriesgados, prefieren agujerear los montes de peligroso acceso con túneles, aunque con ello no gane la belleza del paisaje, por más que todo es cuestión de costumbre, y los que no hace mucho detestaban el ferrocarril y el automóvil, son los primeros en aprovechar sus ventajas y aun en cantar la poesía de la nueva maquinaria. Y, en verdad, deben tener razón, pues cuanto ayude á que los pueblos se conozcan, no hara sino contribuir á la prosperidad de todos.



REPOSO. — En la lejanía, el crepúsculo tinto de rojo sangre la nieve. Suena la campana del convento y oyesen murmullos de oraciones.



ACTUALIDADES ARGENTINAS



El excanciller Exmo. Sr. Estanilao S. Zeballos, en el momento de descender á una de las estaciones del nuevo metropolitano argentino. — El moderno París, no podía continuar sin un medio de comunicación tan práctico y económico como este. — Nuestras felicitaciones sinceras.

La actualidad musical

PARSIFAL

La leyenda de Grial data del siglo XII, época en que el caballero Perceval descubrió en Inglaterra el sagrado vaso de esmeralda que se utilizó en la cena de Jesús con sus discípulos, y en el cual José de Arimatea recogió la sangre del divino Crucificado cuando el centurión le hirió con la lanza.

En dicha leyenda está inspirada la Trilogía de Roberto de Borón, de cuyo poema están tomados el *Parzival* de Wolfram de Eschenbach y el *Parsifal* de Wagner.

El encuentro de Parsifal con los peregrinos el Viernes Santo, fué la idea madre de la última ópera del creador del drama lírico, quien, suspendiendo sus trabajos acerca de *Tristán*, compuso los versos, de exquisita ternura y conmovedor misticismismo, en que Gurnemanz explica á Parsifal el encanto del Viernes Santo, versos que después, al componer la correspondiente música, habían de construir la página más conmovedora, la más sublime de Ricardo Wagner.

El asunto de *Parsifal* surgió en la mente del gran músico en 1854; el primer proyecto del drama lo hizo en la primavera de 1857, terminando el poema el 23 de febrero de 1877. Los primeros trozos musicales datan de 1857; pero, en realidad, no comenzó la partitura hasta el otoño de 1877, terminándola, definitivamente, el 13 de enero de 1882, y estrenándose en Bayreuth el 26 de julio del mismo año.

Parsifal es la obra cuya acción se desenvuelve más claramente y cuya tesis se desarrolla con más nitidez. En ella se presenta la lucha entre el reino del Grial y el castillo encantado del mago Klingsor; entre la malhechora influencia de éste y los devotos del sagrado cáliz, depositario de la divina sangre de Jesús; entre Montsalvat y el Castillo de la Perdición; entre el mundo de la pureza y el mundo del deseo.

El estreno fué un éxito que arrancó lágrimas de alegría á aquel hombre de cabellos grises que ya se acercaba á la tumba y que abrazó emocionado, á la señora Haterna y á Scaria, quienes interpretaron, respectivamente, los papeles de



Kundry y de Gurnemanz de un modo magistral, así como á Hermann Levi, que dirigió la orquesta maravillosamente.

Á la salida del teatro, los intérpretes de *Parsifal* y los íntimos de Wagner, obsequiaron á éste en el hotel de la «Sonne», que era el más renombrado de Bayreuth.

Todos nuestros lectores conocen la leyenda de *Parsifal*, relatada en los diarios de todo el mundo en estos días en que Madrid, París, Barcelona, Bruselas, etcétera, han dado á conocer la obra inmortal que sólo conocían teatralmente los peregrinos de Bayreuth, llamada «la Meca del wagnerismo».

Las leyes alemanas han declarado libre esta obra, contra la decisión de su autor, que dijo: «Solamente en Bayreuth, deberá representarse *Parsifal*, para que nunca pueda servir de diversión al público. Todos mis pensamientos y todas mis solicitudes están destinados á asegurar este destino á mi obra.»

Wagner, que había hecho el *Parsifal*—FESTIVAL ESCÉNICO SAGRADO PARA LA DIGNIFICACIÓN DEL TEATRO—no quería que fuera de ese escenario se representase esta obra; pero, luego de largas discusiones en el Reichstag acerca de la propiedad literaria, se declaró libre al cumplirse los treinta años de la muerte del músico inmortal.

Añadamos que, en todas partes, el éxito ha sido formidable y que el silencio con que se ha escuchado—bien puede decirse con justeza de expresión en este caso—ha sido religioso.



¡VENCEDOR!

LA ESGRIMA DE LOS GLADIADORES

EN una de mis visitas al fotógrafo francés Lansiaux, conocidísimo en París por varios inventos que ha hecho, colmábamos la impaciencia de la espera hojeando sus colecciones, cuando de pronto nos detuvimos en nuestro examen, sorprendidos por una serie de fotografías que representaban las numerosas fases de la técnica del combate de los gladiadores *reciarios* y *mirmilones*.

Algunas indicaciones harto breves aclaraban el sentido de las fotografías, y aunque después buscamos en los clásicos algún

dato complementario, nada pudimos descubrir de tan extraordinaria esgrima que, á pesar de todo, se nos aparecía en las láminas como cosa familiar.

Los poetas antiguos indican vagamente lo que eran los combates de los gladiadores, deduciéndose que la red del *reciario* era un arma temible, y que el hombre aprisionado bajo sus mallas hallábase á la merced de su adversario. Y aun cuando el empleo del escudo y del gladio no tienen secreto alguno, quedamos perplejos ante el empleo de medios tan diversos de defensa.

Si nos fijamos en la figura 1, se ve que el hombre colocado á la izquierda, el

reciario, está casi desnudo. Una manga de mallas, protegida en la parte superior por un resalte de bronce, defiende el brazo izquierdo y el mismo lado de la mejilla. El luchador se encuentra armado con una red, un puñal colgado a la derecha y un tridente. El cinturón de metal sujeta los ligeros paños que ocultan el vientre y parte de los muslos.

El otro combatiente, el *mirmilón*, tiene el brazo derecho cubierto de mallas, que frecuentemente

eran reemplazadas por una manga de cuero é hilos metálicos. La cabeza se encuentra protegida por el casco, cuyos hordes avanzan en la parte anterior y los lados. La cara se encuentra protegida por una visera agujereada y el cuello por una gorguera.

La pierna izquierda está resguardada por una *enemida*, sostenida por la parte alta de la rodilla; en fin, el luchador no tiene como arma ofensiva sino una espada corta, y como defensa enorme escudo y ancho cinturón.

— ¡Ah! — exclamó Lansiaux sonriente. — ¿Están sorprendiendo mis secretos?

Y como insistimos para obtener explicaciones:

— Es preciso que vean á Dubois; es el único que puede informarles acerca de este asunto — nos dijo, — pues á él se debe la reconstitución de esta esgrima. No creo haya persona alguna que trabajara tanto en este asunto... Además — agrega hurlón, — trátase de una persona extraordinaria.

Y nuestro amigo Lansiaux nos trazó á grandes rasgos la silueta del profesor Dubois. Escultor, mimo, literato y maestro de armas.



FIGURA 1.

No pudimos menos de sonreir ante la enunciación de profesiones tan diversas.

— Pues, Dubois escultor, tiene monumentos en París, y uno de ellos muy conocido: el de Chopín en los jardines del Luxemburgo. Como mimo, trabaja en la Opera Cómica, Folies Bergère y en otros muchos teatros, habiendo creado papeles muy importantes. Como maestro de armas, es campeón de espada, autor de una técnica de la Esgrima del Duelo muy

conocida, de varios libros de deportes y hasta de una pieza de teatro. Además de esta reconstitución, ha escrito una tesis de la esgrima de la daga y de la tizona, que publicó con el título de *La Esgrima en el Teatro*.

Ante un esfuerzo tan considerable, nuestra sonrisa desaparece, y se concibe, por qué el amigo Lansiaux se encolerizaba.

*
* *

Al día siguiente fuimos á ver al maestro Dubois... al Olimpia, en donde el endiablado esgrimidor evolucionaba entre colosos formidables, porque, como árbitro, dirigía los combates de *catch as catch*; es decir, de lucha libre, que se celebraban en este local.

El diálogo fué breve y amable. Dubois terminó por decirnos:

— Vengan á mi casa — dijo, — acompañados por un taquigrafo, y les diré cuanto conozco de estos terribles combates. Pero, perdonen; mis funciones de árbitro me monopolizan y no puedo prolongar la conversación.



FIGURA 2.

EN CASA DEL MAESTRO DUBOIS

Exactos á nuestra cita, á la mañana siguiente nos encontrábamos en el despacho de Dubois. Extraña habitación, repleta de libros, de estatuas y de pedrerías, y en comunicación, por un vano de tres metros, con otra habitación sin muebles, y con el suelo rayado con un paso de linoleum.

En esta soledad monacal deja la pluma para empuñar la espada, y el campeón francés da su lección. Decimos su lección, porque el maestro de armas no tiene sino unos cuantos alumnos, con los que trabaja separadamente, no abriendo sala, como los demás colegas.

*
* *

— Ustedes saben como yo — precisó Dubois, pues transcribimos íntegramente lo taquigrafiado de la conversación — que no existe, acerca de la técnica de los gladiadores *reciarios* y *mirmítones*, nada interesante. Desde el punto de vista histórico, se sabe que en 404 fueron abolidos por Honorio, después de haber gozado del favor público durante siete siglos. Se sabe también que, á parte de algunos gladiadores voluntarios, atraídos por la ganancia y por la vanagloria, sus filas no

estaban formadas sino por el populacho romano: esclavos, prisioneros, malhechores.

También saben lo que eran los circos en que tenían lugar las luchas. Todo eso ha sido contado, muy bien escrito y descrito. Los trajes de los gladiadores es la única cosa que se conoce y que ha sido reconstituida en el Musco de los Inválidos. Y la razón es comprensible, porque en las piedras y en ciertos bajorrelieves es en donde las particularidades de estos armamentos han sido observadas.

Cuando los vi por primera vez, como ustedes, experimenté una gran sorpresa, que muy pronto fué reemplazada por la lógica que guía la elección de armas tan diferentes. Y como la única forma de reconstituir la técnica de un combate está en entregarse uno mismo á él, comencé mi trabajo.

Este método hizo que triunfara también en el estudio que tengo escrito acerca de la *Esgrima de la daga y de la tizona*, en honor al siglo XVI y XVII. Tal esgrima la he practicado durante un año, y para trabajar con éxito en ella es preciso, como para la de los *reciarios*, ser ambidextro.

Un armero de teatro me ha construido modelos idénticos á los de los gladiadores que hay en el Musco de Artillería de

los Inválidos de París. Con mis propias manos fabriqué la red, de fuerte hilo bramante, y ayudado por uno de mis alumnos, el temble duelista del Prat, por desgracia fallecido hoy día, busqué.

Primeramente se imponía una cosa: el *rectario*, armado de un tridente y de una red, parecida al esparavel, debía manejar ambos sin abandonar el uno por el otro. Además, la red debía ser lanzada, por lo menos al comienzo del combate, como la lanzan los pescadores de todos los países. Este primer trabajo era muy difícil, y sólo á fuerza de paciencia lo pude conseguir.

La guardia que es necesario adoptar está representada en el grabado 2. Como se ve, la red es clásicamente lan-



FIGURA 4.

zada, sostenida por dos dedos y el pulgar; los restantes sujetan el tridente, arma que pone en guardia con el mismo movimiento que hace al lanzar el esparavel como « un lienzo extendido ».

El lanzamiento de la red en la forma indicada, desarrolla el esparavel, como se indica en los grabados 3 y 4.

Debemos admitir, para la claridad de la demostración, que la figura 4 muestra el ejemplo de un lanzamiento perfecto como resultado; pero, en la realidad, las fases de la lucha no presentaban tan buen cariz para el *rectario*.

El *mirmilón* podía ver el ataque y de un salto atrás colocarse fuera del alcance de la red. En este caso, el esparavel caía al suelo. Además, había también el recurso de un movimiento atrevido, y en vez de huir hacia atrás, salta-



FIGURA 3.

ba contra su enemigo, levantando el escudo por encima de la cabeza, como lo hace en el grabado 7, para soportar el choque del *molinete vertical*, del que hablaremos luego.

Encontrábase colocado bajo una especie de tejadillo, de cuyos cuatro lados pendía la red, lo que no le impedía tronchar las piernas desnudas del *rectario*, inclinado aún hacia adelante á causa del lanzamiento.

Nadie puede decir hoy día cuál de ambos movimientos era empleado como parada. Se sabe, pues es clásico, que los dos gladiadores eran especialmente escogidos: uno, el *rectario*, entre los hombres robustos, pequeños y muy ágiles; el otro, el *mirmilón*, entre los gigantescos galos. Es seguro que también los hombres del Norte ó germanos suministraban gladiadores *mirmilones*.

El poder de estos mirmilones implicaba pesadez, sin contar con que el casco,

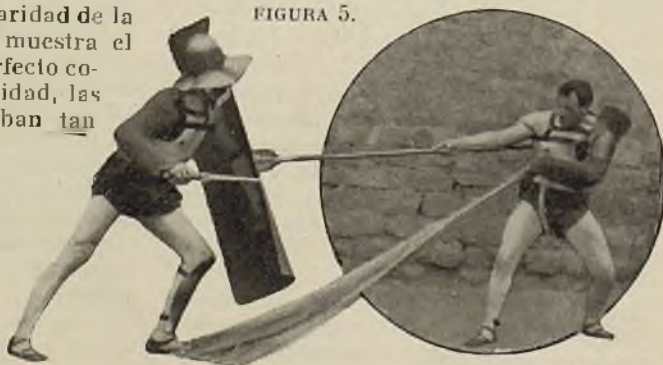


FIGURA 5.

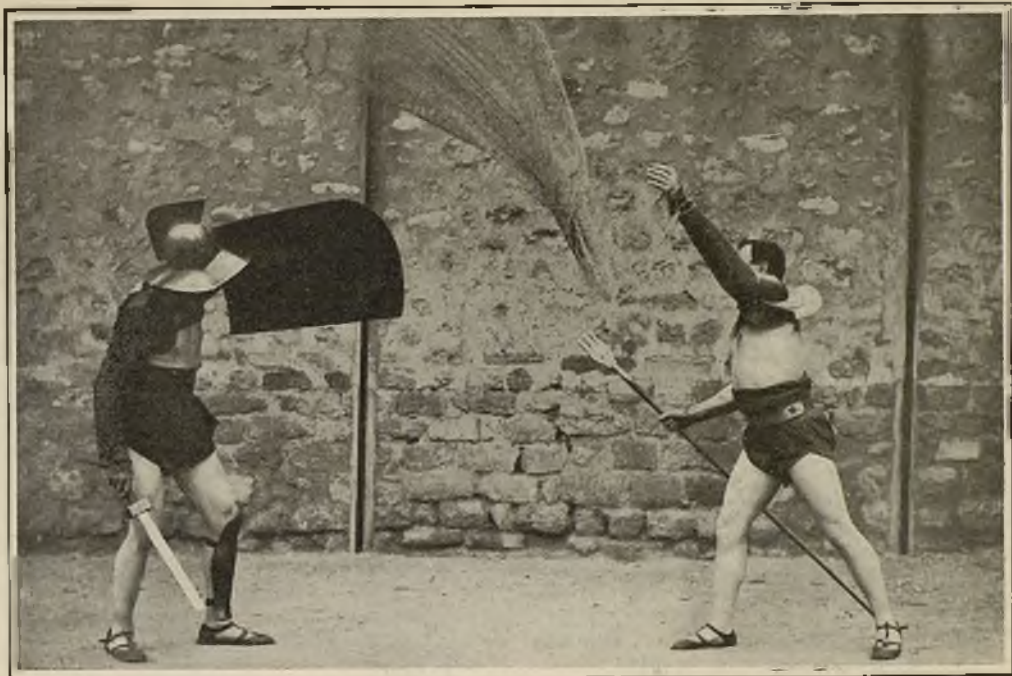


FIGURA 7.

cuyo peso aseguran alcanzaba la enormidad de 15 kilos, dificultaba los movimientos. Veía mal, en cuanto no era atacado de frente, y el reciario ágil no dejaba de hostigarle, tornando sin parar, de preferencia á su izquierda.

Lo sé por experiencia, porque he trabajado de

una y otra forma, para darme cuenta y sacar el mayor partido posible de la observación y el estudio. Mas cuantas veces he he-

cho una demostración de tal género, escogía el papel de reciario, pues convenía más á mi estatura y á mis medios físicos.

Han François, el terrible y famoso «sportman» del mundo de las armas, aparece en todas las fotografías vestido de mirmilón, y en varias reconstituciones públicas con él, sostuvo los asaltos, por reunir las debidas condiciones.

Como les decía, reanudando mi relato, la inevitable pesadez del mirmilón era explotada por su adversario, siendo raro, seguramente, que el mirmilón saltara hacia adelante para



que se puedan esquivar de este modo lo mejor posible los golpes.

Cuando la red caía al suelo ante el adversario, el pequeño reciario saltaba hacia atrás y tiraba de ella. El esparravel formaba así como un *largo huso*, que arrastraba delante de él, semejante a un sendero móvil sobre el cual avanzaba el mirmilón para poder dar alcance á su adversario (grabado 5). Como se adivinará, en cuanto el temible enemigo ponía el pie sobre la red, el reciario tiraba bruscamente de ella para hacerle perder el equilibrio. Al desplomarse, el mirmilón quedaba al descubierto, y el reciario, que esperaba tal ocasión, podía herirle con el tridente. Porque, como se puede ver en las admirables fotografías del amigo Lanciaux, mientras el mirmilón avanzaba puesto en guardia, hallábase cubierto de los pies á la cabeza, en el eje de ataque, por el casco, el escudo y la *enemida*.

Es evidente que pocos gladiadores se exponían á semejantes caídas, por conocer demasiado las funestas consecuencias. Al contrario, muy prudentemente, seguían la red lo más cerca posible, con la intención de saltar de lado para «alojarse» ó para coger el temible esparravel, como se verá más adelante. Entonces el reciario preparaba una de sus más hábiles maniobras, que llamo yo el *molinete vertical*.



FIGURA 9.

El reciario coge la red por su cuarto superior (grabado 6), tirando de ella de adelante á atrás, describe un enérgico y único molinete, cuya fuerza depende del peso de los plomos y del vigor del atleta.

Cuando la red se encontraba en el eje



FIGURA 10.

del blanco, lanzábala (grabado 7), sobre la cabeza del mirmilón ó la enganchaba en los bordes del casco, lo que le permitía



FIGURA 8.

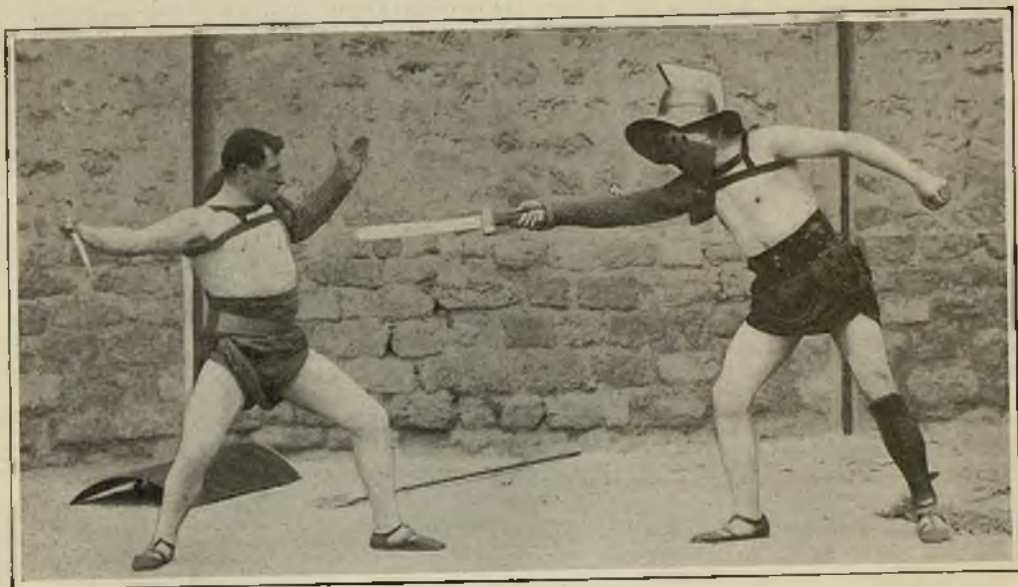


FIGURA 11.

derribarle tirando de ella; mas otras veces, cuando el mirmilón se corría a la derecha, la red caía sobre el hombro izquierdo de su adversario, enredándose entre el brazo y el escudo.

Este era un movimiento atrevido que, si era bien ejecutado, ponía al mirmilón en situación difícil, como se ve en el grabado 8. En efecto, el reciario, tirando de la red con todas sus fuerzas, se paraba el escudo, que se abría como una puerta, dejando al descubierto el pecho del mirmilón, que debía esquivar el tridente con la espada.

Creo que las paradas naturales opuestas eran las que nosotros llamamos hoy día «quinta» y «segunda».

Más adelante (fig. 21), á propósito de un golpe especial, en el que se utiliza el escudo, se puede ver una clásica parada de «segunda» á fin de parar un ataque del tridente.

Debía haber quien, fatigado por los ti-

rones reiterados, y cuando la red no se deslizaba, debido á que las mallas se en-
gancharan en los bordes del escudo, abandonaba el escudo, y se defendía con el gladio (fig. 9). Sin embargo, si nos fijamos en el grabado 8 y en la manera como se encuentra colocada la red en el ángulo posterior del escudo, se ve que era

fácil des-
barazarse
del espar-
vel, pues
bastaba con
inclinarlo
hacia ade-
lante.



La parte más ancha que daba horizontal y la red se deslizaba á lo largo del escudo, librándose de las tracciones brutales del reciario. Y hasta algunas veces, el mirmilón no sólo inclinaba el escudo hacia adelante, sino que hacía coincidir este movimiento con una parada que desviaba el tridente (parada de segundo), y saltando hacia adelante, hería al reciario en pleno torso ó en la cabeza, con el filo superior de su escudo.

Si admitimos que el mirmilón ha arrojado su escudo, debemos pensar que su mano izquierda no queda inactiva. No tenía sino un solo objetivo: apoderarse de la red. Frecuentemente llegaba á conseguirlo, y el pequeño reciario se veía y deseaba para tratar de reconquistarla con sus manos. A su vez, abandonaba alguna vez el tridente.

Esta fase de la lucha puede ser observada en la figura 10, en la que se ve al mirmilón acortar poco á poco la distancia que le separa de la cuerda, que intenta cortar, pues su extremidad está sujeta á la muñeca. Esta manera de atar la cuerda es necesaria; pero puede ser fatal al reciario cuando su enemigo posee una fuerza hercúlea, como era el caso; pues, renunciando el mirmilón á cortar la cuerda, se servía de ella para hacer describir al reciario un círculo á su alrededor, como un niño hace tornar alrededor de su cabeza una pelota sujeta á la ex-

tremidad de un hilo bramante, guardando la debida proporción. De todas maneras, el reciario se encontraba perdido y tenía que correr para escapar á la temible caída en que necesariamente concluirían estas rotaciones.

No tenía sino un solo recurso: el de cortar la cuerda con su puñal, haciendo frente al mirmilón con esta sola arma. (fig. 11). En este grabado, el reciario provoca los ataques con la intención de esquivar el golpe con la mano izquierda con una «cuarta volante» como dirían los modernos floretistas pasando bajo el brazo izquierdo del adversario y apuñalarle. (fig. 12.) En este grabado, la parada de cuarta volante ha sido hecha con éxito, y el reciario se ha colocado bajo el brazo del contrario y su puñal va á herir al mirmilón en el pecho. Mas, como también puede observarse, el mirmilón opone su mano izquierda y va á coger el arma.

Si admitimos que el mirmilón era siempre un coloso, el reciario estaba perdido, pues, usando de su fuerza, le paralizaba, le derribaba, concluyendo por matarle.

Evidentemente, acabo de indicar un encadenamiento arbitrario. Los «sportmens» saben muy bien que en un combate todo depende de la oportunidad.

Me he detenido simplemente en el más clásico y sencillo que se puede presentar.

(Continuará).





Una de las escenas de « El marido sonriente ».

El arte dramático en España

HA cerrado el año sin que asome por la escena española el dramaturgo continuador de Galdós-Benavente-Joaquín Dicenta. La comprobación de ese hecho, ¿será un síntoma de la esterilidad literaria de la raza? Reservo el diagnóstico porque considero prematuro y temerario el declarar impotente á todo un pueblo. Es innegable, sin embargo, que nuestra literatura escénica no se renueva. En pos de Galdós vino Benavente, sin disimular las adherencias del teatro francés que traía su obra. Luego se destacaron los hermanos Álvarez Quintero, como satíricos de costumbres locales, representando un arte que no vacilo en tener por sucedáneo de las desenfadadas y graciosas pinturas de Lope de Rueda. Antes, Joaquín Dicenta, transfuga del romanticismo, se había propuesto afiliarse, un poco tardiamente, á mi juicio, en la escuela de Zola, sin otras concesiones á la nueva estética adoptada que las meramente externas de los trajes y el lugar de la acción, ya que el temperamento del dramaturgo seguía prefiriendo, como definición de la vida, los grandes, falsos y deslumbradores postulados de los poetas románticos. Algo parecido pudiera decirse de Angel Gui-

merá, dramaturgo inteligente y hábil, que en *El alma muerta* se hace la ilusión de seguir á Shakespeare; que en *Mar y Cielo* evoca el recuerdo de lord Byron; que en *Agua que corre* y *Tierra baja* se expresa con el rudo realismo de Verga y de Capuana y que con *María Rosa* y *La pecadora* ensambla la honradez visual de un artista á la manera de Curel, en las desdenables imposturas folletinescas. Guimerá es como Dicenta: un rezagado del romanticismo que se esfuerza por adaptar su talento á normas artísticas humanas, sin conseguirlo más que de un modo parcial. No se echa de ver, al través de su obra, la unidad del temperamento del autor. No hay en él, como en D'Annunzio ó en Bataille ó Ibsen, pongo por casos, impaciencia por imponer una estética, por comunicar al público una interpretación personal de la vida y del arte. Su obra es de tanteo, de afán por hallar la pista del éxito, de subordinación al gusto flotante y pasajero de la gente. Fuera de *Tierra baja*, que es el eco sincero de un momento creador genial, el arte de Guimerá despierta en el crítico la sospecha de la simulación, de lo que, lejos de haber sido engendrado en la sensibilidad personal, es adherencia, aluvión; acarreo

deliberado unas veces, involuntario otras, de las obras y los autores preferidos que el propio Guimerá procuró desleir, sin conseguirlo más que á medias, en su temperamento dramático.

Detrás de Galdós, Benavente, Dicenta y Guimerá, se han apostado en la escena española, al acerbo del aplauso colectivo, los hermanos Álvarez Quintero, Manuel Linares Rivas, Eduardo Marquina y Gregorio Martínez Sierra. Los autores de *El patio* han asegurado su soberanía por el donaire satírico con que comentan, sin querer, las costumbres andaluzas y por la gracia del diálogo de sus comedias, hendido de hipérboles chuscas y de salidas de tono desconcertantes. La crítica, sin desentenderse del aplauso público, les ha echado en cara con frecuencia, la monotonía de su optimismo y su propensión, demasiado sistemática, á no ver más que los aspectos alegres y festivos del pueblo andaluz. Buscando, sin duda la absolución de aquel reparo, los prestigiosos escritores han dado á la escena *Las flores*, *La zagala* y *Malvaloca*, obras de un templado y discreto risus *el dolore miscebitur*, en las que la acción pasa sin menoscabo de la realidad, de la alegría al dolor, proyectando en nuestra sensibilidad las alternativas de sufrimiento y regocijo porque pasa el ser humano en el mundo. Su teatro, no obstante el esfuerzo visible de los hermanos Álvarez Quintero porque parezca hondo, no desciende de la superficie sentimental, lo cual no se hace constar aquí con el prurito de mermar su crédito artístico, sino como definición imparcial de lo que representan en la escena española.

El señor Linares Rivas es un dramaturgo distinguido, que se ha asimilado la amenidad francesa, fundiéndola con un cierto don artístico, producto del escepticismo de un hombre que conoce á la humanidad y la desprecia sin condenarla. Es un escritor elegante, que dialoga con gracioso desenfado y que no se envanece de ser poeta ni de remover problemas de conciencia, lo que no quita el que nos sorprenda, de vez en cuando, con alguna que otra ráfaga intelectual. Sus obras más considerables son *Aire de fuera*, *El idolo* y *Maria Victoria*, comedias que transcurren en el gran mundo y que serían totalmente humanas si los personajes no se esforzasen por parecer ingeniosos en todo momento, cosa que no sucede en la vida, donde, por lo común, cada ser exhibe sin previa invitación su cédula de estupidez ó su certificado de insignificancia. Eduardo Marquina es artista de otra estirpe. Poeta de fecundo numen, aunque un poco frío, y literato cultísimo, ha pedido á la escena asilo para

su lirismo, que no hallaba la acogida que merece en el libro ni en la prensa, mequinos escaparates para un poeta de sus vuelos. Aunque catalán de origen, Eduardo Marquina es castellano de adopción artística. Como la sociedad contemporánea es parva de temas dramáticos para un poeta, el autor de *Benvenuto Cellini* se ha refugiado en el pasado, y no precisamente por vocación espontánea, sino por una necesidad de adaptación hija de las circunstancias. La lírica de Marquina, es como la de Calderón y, quizás mejor, como la de Quintana, frondosa, enfática y altisonante. Por sugestión ajena, ó por iniciativa personal el ilustre poeta creyó, y no se ha equivocado, que aquella cualidad de su temperamento literario debía depararle, como á Víctor Hugo, resonantes triunfos en el teatro, y se aplicó á cultivarlo. ¿No será posible renovar en la escena ciertos grandes temas históricos, que ya ensayaron otros autores victoriosamente, si no con la elevación dramática de Marquina, con cierto calor y cierta habilidad? debió preguntarse el insigne poeta. Los atavismos gloriosos de la raza: el valor, el honor, la hidalguía y el culto de la cruz y de la mujer, el espíritu de aventura, la gallardía y la ostentación, lo que dió, en suma, relieve al español de otros tiempos, ya remotos, ¿no podrían reaparecer en el teatro revestidos de la pompa adecuada? ¿Mostraríase el público de ahora desdeñoso é indiferente con aquella resurrección del pasado? Marquina se aventuró con una obra admirable, que le alentó, por el éxito que obtuvo, á seguir: *Las hijas del Cid*, drama de robustas líneas, que nos pareció á todos incubado en la atmósfera heroica del romancero. Nos dió luego *Doña María la Brava*, *En Flandes se ha puesto el sol* y *Por los pecados del rey*, reconstrucciones históricas consumadas sin desdoro de la verdad, con un brio lírico y un arte de composición interna, que la gente acogió con simpatía, entusiasmo y respeto. Proscrito de la escena el repertorio clásico, cuya simplicidad de trama y cuyo arcaísmo de forma distan mucho de llenar al público, la dramaturgia de Marquina venía á suplirlo sin desventaja de aquel género, ya que el poeta mantenía en sus obras la supervivencia de ciertas virtudes atávicas de la raza, como el valor, el hidalguismo, la arrogancia aventurera, el culto del honor y la profusión retórica que advertimos en las obras clásicas, reflejo de un vivir y de unas costumbres más nobles y varoniles que los usos actuales. Hay en el aire de Marquina una vibración interior que en vano pediríamos á los autores del siglo de oro. Porque, descontadas una docena de comedias de Lope, media docena de Calderón, tres

ó cuatro de Tirso de Molina, una ó dos de Guillen de Castro, otras tantas de don Francisco de Rojas y una de Velez de Guevara, ¿qué cristiano es capaz de soportar las restantes de aquella época, que pasan de doscientas? Puede nuestra pereza intelectual, abriendo las esclusas de la indulgencia y las válvulas del entusiasmo,

nele en la escena, y un manantial de risa en la novela. Eusebio Blasco, Vital Aza, Ramos Carrión y otros dramaturgos han zaherido, sin acrimonia, dicho sea en justicia, las flaquezas de esa clase social, retratando todas las variedades del ridículo en que puede incurrir. Los hermanos Alvarez Quintero han hecho lo mismo.

Los grandes temas pasionales, los extrajo el dramaturgo del bajo pueblo, y los fué á buscar en un mundo de riqueza y de refinamiento, llámese cima política, aristocracia ó minoría bancaria. La clase media pertenecía á los dominios del sainetero; mejor dicho, del autor cómico, en el teatro, y era para Taboada la cantera de sus grotescos modelos. Verdad es que Galdós fincó en la clase media como campo de experimentación, y no puede sostenerse que fuera siempre con el designio de inmolarla entre las llamas de su humorismo; pero, hasta el advenimiento de Martínez Sierra, ningún dramaturgo, fuera de Enrique Gaspar, tomó por lo serio aquella compleja y asendereada clase. El autor de *Vida y dulzura* la ennoblece y la dignifica, localizando en ella sus mejores comedias, y, merced á la predilección del ilustre escritor, la misoneísta burguesía española, nos deja ver sus sentimientos, sus inquietudes, no menos trágicas por estar disimuladas en un ambiente de placidez, sus conflictos domésticos y también sus rebelías. Ahora bien, como aquella clase social no es muy fértil en preocupaciones heroicas, como no es un foco de exaltación pasional, el arte de Martínez Sierra, apacible,



La señorita Rodríguez y el señor López.

sostener que todo aquel teatro es insuperable, porque el temperamento popular no retrocede ante ninguna hipérbole; pero ¿quién, que discurra con lucidez crítica, puede aceptar semejante fallo? A mí entender, pues, Eduardo Marquina, no solamente no ha desmerecido de aquellos lejanos progenitores dramáticos suyos, sino que, á menudo, los ha superado.

Gregorio Martínez Sierra viene á ser para nosotros la equivalencia de Mari-vaux: un escritor tierno, patético y discreto, que parece haber venido al teatro para reproducir los menudos dramas sentimentales de la clase media, española. De ahí arranca su boga. Ello tiene una explicación. En España la clase media ha sido hasta ahora un elemento de sai-

prolijo y monótono, es el instrumento adecuado para interpretar sus acompasadas vicisitudes. El dramaturgo no sitúa la acción de sus obras ni en la cumbre social ni en el llano popular. Viene á la clase media y se declara su confidente, su moralista y su paladín. Es el artista que, sin dejar de conmovernos y aun de divertirnos, nos obliga á fijar la atención en los problemas caseros, en las precauciones familiares, en las negligencias de la paternidad y en el olvido de nuestros deberes dentro del hogar. Si doña María del Pilar Sinués se hubiera decidido á escribir para el teatro, habría compuesto, aunque con menos elegancia que Martínez Sierra, obras como *Madame Pepita*, *Primavera en otoño*, *Mamá*, *Canción de Cuna* y *Los Pastores*, especialidad dra-

mática que tiene, á mi juicio, una transcendencia pedagógica en la que la crítica, ni acaso el público, han querido reparar.

Han venido también á la escena, con posterioridad á Galdós, Benavente y Dicenta, otros autores tan estimables como Santiago Rusiñol, artista que, aun habiendo repartido su talento entre la literatura dramática y la pintura, ha sabido mantener en una y otra el mismo respetable nivel de reputación; Ignacio Iglesias, que ha hecho del teatro una tribuna de apostolado; Francisco Villaespesa, poeta lírico y dramático, de opulenta fantasía, que á ratos se acerca á Zorrilla sin propósito de imitarle, y Jacinto Grau Delgado, espíritu delicado y cultísimo que, con *Don Juan de Carillana* ha abierto al arte escénico perspectivas nuevas; grupos de escritores que tal vez den á la dramática nacional aquella robusta compleción que alcanzó en el siglo de oro; pero que todavía no han hecho con sus obras más que alentar nuestro optimismo...

El dramaturgo intérprete de la generación posterior al desastre colonial; el artista capaz de recoger las angustias, las contriciones, las rebeldías, los sueños y las esperanzas de la humanidad española, que asistió joven y con los ojos y el pensamiento abiertos á aquella gran tragedia, no se ha revelado. Lo que Pío Baroja ha hecho en la novela, y lo que Costa, Grandmontagne, Maeztu, Ortega Gasset y otros hacen en el periodismo, esto es, una revisión de los valores morales del país, está aún por hacer en el teatro. Los tipos representativos de la España contemporánea no se han asomado á la escena. La geografía de sus almas nos es desconocida, porque el dramaturgo que pudiera enseñárnosla no ha nacido tal vez.

*
* *

Ha cerrado el año con dos grandes éxitos dramáticos; el de Galdós, con *Celia en los infiernos*, y el de Jacinto Benavente, con *La Malquerida*. Entrambos son lo bastante recientes y lo suficiente sonados para que el revisero no se crea excusado de comentarlos.

El redentorismo social no es en Galdós un tardío alarde de piedad con el que se procura la adhesión de la muchedumbre. No; el gran escritor ha cedido antes de ahora á la noble tentación de invitar á sus contemporáneos á lo que pudiéramos denominar el desarme de los egoísmos de clase. El arte del maestro no es solamente la descripción de la sociedad de un tiempo, con sus tipos y sus pasiones; es, también, y acaso por encima de todo, un arte de combate. Con qué sañuda

pertinacia ha perseguido todas las formas de las grandes hipocresías á que ajustan su vida ciertas clases sociales de nuestro país! Con qué desinteresado tesón ha puesto en la picota á los fanáticos del catolicismo á la española! La propaganda por el enrasamiento social, por la nivelación de clases, no es nueva en Galdós. Concretándonos al teatro, está insinuada en *La de San Quintín* y mantenida con más calor en *Mariucha*. Esa aspiración, como casi todos los impulsos generosos, tiene mucho de candorosa. No es que suponga ignorancia de la realidad, sino deliberado olvido lo que es por dentro el hormiguero humano. Si las religiones han fracasado como estímulo á la reparación de la injusticia social; si la voz divina no ha podido templar el rigor de nuestros egoísmos, ni el legislador influido por el moralista ha logrado atenuar la soberanía del dinero en el mundo, ¿van á lograr éxitos más eficaces los acentos de un escritor, por grande que sea su autoridad? Apenas se ha alzado el telón y Celia nos descubre su alma, sonreímos. La atmósfera del país de la Utopía, un país irreal, nos envuelve. Celia es una niña huérfana que, al heredar un caudal cuantioso, casi fabuloso, siente la pesadumbre de haber nacido privilegiada. Al contrario de lo que ocurre normalmente en la vida. Celia siente casi el remordimiento de ser tan rica. «¿Por qué tendré yo tanto y por qué carecerán otros de todo?», se pregunta la niña, con el mismo candor con que se dolía el Santo de Asís de las desigualdades humanas. El estupor de las gentes que la rodean, ante aquellos escrúpulos, la revela la extensión del egoísmo humano. «¡Qué placer debe experimentarse haciendo el bien!», exclama Celia confidencialmente ante el hombre que ha sido su tutor. El primer movimiento generoso de su alma es ese; el segundo, interesarse por Germán, secretario de la casa. Se trata de un muchacho no mal parecido, inteligente, avisado y de grandes ambiciones; un temperamento entre soñador y utilitario, que no tarda en caer en gracia á la joven dueña de la morada. Juntar la inteligencia con el dinero, ¡qué noble ensueño! «¿Y por qué no había de ser eso posible?» se pregunta Celia mirando con embeleso á Germán. El, seducido por la tentación, se deja querer. Ante sus ojos se abre un porvenir de triunfo. ¡El caudal! ¡El lujo! ¡La gloria, tal vez! Aquel tierno discreto de Celia con el secretario nos deja entrever la posibilidad de la boda. ¿Se repetirá el caso de la duquesa de Pau Quintín desposándose con el obrero? Pero no; tras de las apariencias semirrománticas de Germán se esconden sus pasiones de hombre, pasiones menos puras de lo que

sospecha Celia y que ya han comprometido su vida. Germán sostiene relaciones clandestinas con Ester, una moza hija de la nodriza de Celia, á la que ésta protesa cariño fraternal. Además, el secretario acosa con el brio de sus deseos á toda la servidumbre femenina de la morada, sin reparar en escrúpulos. El descubrimiento de aquellas lacerias desconsuela á Celia, la cual, en un momento de dignidad lastimada y también de despecho, expulsa á Germán y á Ester. El se va mohíno, aver-

rios extremos de Madrid, la sentina de la capital de España, asilo de los desheredados de la fortuna. ¡Cuánta ignorancia, cuánta pobreza, cuánta invalidez y cuánta superstición ha acumulado el egoísmo de los poderosos en aquel rincón de la urbe madrileña! Con el corazón transido de dolor, Celia va asistiendo á escenas y episodios de un vivir que nunca hubiera supuesto que llegaría á conocer, hasta que encuentra, mediante la ayuda de don Pedro Infinito, un viejo venido á menos, entre cuerdo y loco, que se procura el pan cotidiano con la astrología y la pendolística, á la pareja de prófugos que Celia precipitó en una existencia de azares. El lector habrá adivinado que la generosa niña no para hasta conseguir que Ester y Germán legítimen sus amores de tapadillo y que se rehabiliten moralmente por el trabajo. Ese triunfo exige dos sacrificios: el de que Celia apague las postreras ascuas de su amor á Germán y el de que compre la



Don Benito Pérez Galdos.

gonzado; ella, altiva y contenta, porque si bien es cierto que ha perdido el pan, va en compañía del hombre amado. Las dos mujeres, que se han adorado desde la infancia, sostienen un diálogo que humilla á Celia y la deja sumida en la tristeza y en la confusión. Pero, ¿qué hacer más que resignarse?

Transcurre el tiempo y, sin embargo, el recuerdo de los prófugos atormenta á Celia. ¿Qué habrá sido de ellos? No tarda en informarse de que la miseria y la privación de trabajo honesto los ha degradado, pues mal viven de lo que él, por caminos inconfesables, aporta al hogar. «¡Es preciso que yo los salve, que yo los rehabilite!», exclama Celia en un transporte de generosidad, de los suyos. Y se lanza, acompañada de su amigo y tutor, que es un anciano incapaz de resistirse á sus caprichos, á la busca de los fugitivos, empresa dramática y pintoresca, que equivale para la muchacha al descubrimiento de un mundo. Disfrazados con vestimenta humilde, y simulando una rudeza de educación que les permita pasar inadvertidos, recorren los ba-



Don Jacinto Benavente

fábrica en que se ocupan el exsecretario y su amante, como obreros, desinterés que, sin ser sobrehumano, no es tan corriente como quisiera el optimismo del gran escritor. Va más lejos aún Celia, por la vía del sacrificio. Renunciará á su bienestar para emprender una existencia nueva, al lado de los humildes, compartiendo sus sinsabores y sus alegrías. ¡Adiós, para siempre, pompas y vanidades de una vida de egoísmo y de trivialidad!...

He referido la obra á grandes rasgos. A pesar de su realismo externo, circunstancia que la hace viable y entretenida

como obra de teatro, *Celia en los infiernos* es la evasión de un espíritu generoso al increado mundo de la utopía. No es un alarde de excentricidad imaginativa. Es un placer que, antes que Galdós se permitieron Platón, Thomas Morus, Campanella, Harmigton y otros grandes arquitectos de ideales humanitarios, que edificaron grandes y luminosos palacios en las nubes; moradas, por desgracia inhabitables...

La Malquerida supone primeramente, si no una desviación literaria, un intento victorioso de renovación. Luego delata también un propósito de llegar a los más grandes efectos dramáticos, simplificando todo lo posible los procedimientos técnicos. No es esta la primera vez que Jacinto Benavente emigra artísticamente a la urbe al campo, a la husma de estimular los creadores. Jacinto Benavente de ha dado un dram de líneas severas y sobrio en todo momento, al estilo clásico griego: contados personajes, los precisos, y una grande y premeditada simplicidad en la acción, que no se trunca ni se bifurca en ningún instante para despistarnos, sino que marcha rectilínea, como un río invisible que se fuera

trazando su propio cauce al través de las almas.

Estoy muy lejos de creer que sea *La Malquerida* la creación más afortunada de Benavente, y mucho menos que se trate de una obra inmortal. Tiene como precedentes *Fedra*, *Malia* y *Misterio de dolor*, en cuanto a la novedad del caso pasional. Es, con todo, un drama admirable que demuestra un talento vigoroso, un buen gusto y un dominio de la técnica dramática, rara vez superados en el teatro.

No quiero poner fin a esta revista sin comentar, con cuatro líneas, la aparición de un autor dramático, que, ó mucho me equivoco, ó ha de contribuir a orientar la dramática nacional por sendas nuevas; aludo a Jacinto Gran Delgado, autor de la comedia *Don Juan de Carillana*, obra en la que campea el humorismo de Moliere y la agudeza psicológica de Stendhal. El señor Grau ha logrado modernizar un asunto que, a partir de Tirso de Molina, ha pasado por muchas plumas gloriosas, sin deformar la verdad del tipo. ¿Es poco? Gran talento se necesita para ello, y Jacinto Grau lo tiene.

MANUEL BUENO.



"El orgullo de Albacete" Srta. Pérez
Vargas y Sr. Bonafé

"Le Chic"

□ □ □

Cartas de una parisiense

por SIMONE



NUNCA han disfrutado de mayor boga las pieles. Indudablemente, siempre tuvimos necesidad de ellas, pero parece que este año han representado un papel triunfal en el mundo. Su éxito continúa progresando. Y nada más justo: con ellas, las mujeres bonitas lo son más aún. Actualmente, en las reuniones elegantes en las que se las admira, están deliciosamente lindas las parisienses, envueltas en amplios mantos.

He visto muy bonitos modelos de «Creischwantz» con el famoso cuello cuadrado, muy estrecho, de *skungs*, porque juntos presentan un agradable aspecto. También me gustaron mucho los carakul, garduña y topo. Para los niños, los mantos se llevan muy amplios, y frecuentemente son de verdadero armiño. Para la noche, entre los muchos y lindos modelos que he visto, el siguiente de topo es sumamente lindo: Muy agradablemente *drapé*, va estrechán-

Phot Paul Geniaux.

MODELOS VISTOS
EN LAS CARRERAS

dose por su parte inferior, en la que se le adorna con un ancho galón de fondo verde-pra-
 vera bordado de oro viejo. Este galón termina en un broche muy grande



MODELO DE
 NUESTRA CRÓNICA

sobre un *soutache* que le da gran relieve. Lo que más me ha agradado, después de este lujoso manto, que representa una pequeña fortuna, son los adornos de armiño y skungs. Aunque muy clásicos, siguen siendo muy *chic* y distinguidos.

El zorro de colores llamativos, manguitos y cuellos de topo verde ú ocre, siguen en boga; mas estas cosas sensacionales son demasiado vistosas para que disfruten de las primicias durante mucho tiempo. Muchas elegantes compraron pieles de zorro, que llevaron y llevan sin adorno alguno, lo que les da un aspecto poco distinguido, sobre todo con los rarísimos colores de la nueva moda. Es de lamentar las exageraciones en que se cae cuando se lanza una moda, aunque nos favo-

rezca. Al principio, el buen gusto protesta; pero, poco tiempo después, la vista se acostumbra, é inmediatamente adoptan la moda lanzada, sin temor al ridículo. Y sólo la mujer verdaderamente bella puede permitírselo todo, pues su gracia femenina llega hasta hacer olvidar la audacia. Pero ¡es tan rara la moderación!

Así, actualmente, el reino del volante triunfa, transformando las mujeres en pantallas. Discreta-mente empleados, los volantes prestan á la mujer gran elegancia; al comienzo, gustó mucho la nueva moda, y no hubo sino dos volantes, pero ahora hay quien lleva siete y ocho. Bien es verdad que estamos en la estación de los fuertes vientos, y que debe



MODELO DE
 NUESTRA CRÓNICA

ser bastante agradable sentir los estremecer como las hojas en el árbol. He aquí un bonito modelo que es el último *cri*, sin ser extravagante.

Imaginemos amplias *draperies* de terciopelo «madera de rosa», recogidas.



MODELO DE NUESTRA
 CRÓNICA

por delante, con *negligé* muy elegante. El corpiño forma dos puntas en el pecho, y marca el talle con una *coulisse*, que cae en un pliegue recogido, más ancho en las caderas que por delante y hacia atrás. En la parte alta, un tul de un solo color trata de ocultar el pecho. Los brazos quedan casi completamente al descubierto, porque la moda actual no refrena su fantasía.

Para el traje que se lleva de noche, la manga también ha desaparecido por completo, y apenas si se ve un ligero adorno de tul ó de encajes que mantiene el vestido por los hombros. Los guantes altos son muy elegantes, y algunas joyas: pulseras de oro, platino, hilos de piedras preciosas ó de esmaltes. En la actualidad, la joyas están muy en boga y cuantas más se lleven, mejor. ¿No será debido esto á la carencia de dinero que sufre la mayoría de las gentes, á causa de los malos negocios?

Los vestidos con perlitas gustan mucho, y con razón.

He aquí un *enroulé de liberty* blanco fruncido en los lados; una cascada de tiras de perlas de un blanco lumi-

noso dejan adivinar el talle. Una tercera tira de estas perlas mantiene el corpiño en el hombro, con una cinta de satén blanca. Este género de vestido respeta todas las líneas y no recarga la silueta, cosa muy rara...

Este otro modelo nos presenta un bonito vestido de *soirée*. El forro de satén azul viejo se abre al lado. Una larga túnica, estilo manto de corte, de tul, perlas y bordada, se sujeta en los hombros, se aplasta y anuda en el talle, y después cae ampliamente con un *chic* incomparable, que forma un conjunto muy original y que recomiendo con insistencia.

Como pronósticos, preveo que este año va á darse á la elegancia razonada; es decir, que se abandonará completamente el vestido-paquete, modelo muy apropiado, es cierto para lucir su esbeltez una mujer delgada.

Se medita, se combina y se cree que la moda del porvenir se orientará hacia las elegancias incomparables del siglo XVIII, del siglo de Luis XV.



TRAJES DE CALLE

Photo. Gèniaux



Ensalada

— por —

LUIS BONAFOUX



Con ocasión del nuevo año y de sus parabienes consiguientes, un periódico ha recordado que M. Barthou, hermano del otro, hace colección de tarjetas rimbombantes y prolijas, *spécimens variés de la sottise humaine*; y, para muestra, publica la siguiente:

E. G.

industriel.

Blanchisseur de Son Altesse Impériale,
Membre fondateur du « Secours Immédiat »
de Boulogne-Billancourt,
Administrateur des Engagés volontaires mineurs
de 1870-71,
Membre de la Croix-Verte Française,
Membre de l'Association des Anciens sous-officiers
des Sapeurs-Pompiers de Paris,
Président de la Société des Trompes de chasse
« L'Eclat de Boulogne »,
Président des Fêtes de Bienfaisance,
Membre de la Caisse des Ecoles,
de l'Association Philotechnique et du Souvenir
Français,
Fondateur du Syndicat des Patrons blanchisseurs
de Boulogne-Billancourt, etc., etc...

No está mal de títulos, y es regular de larga; pero en nuestra colonia de París hay quienes las gastan más prolijas. Hombre hay que para llevar sus tarjetas necesita una banasta, ó una cartera especial, como las de los ministros; porque en punto á *spécimens variés de la sottise humaine*, no hay quien nos pueda.

Al alborocar un año nuevo, viene una noticia triste á aguarnos, con lágrimas, la fiesta: refiérome á la prisión de un compañero nuestro en la prensa, el señor Vidal y Planas, redactor de *España Nueva*. Con verdadera hidalguía, los más de nuestros periódicos, casi todos, cualquiera que sea su bandera política, abogan por la libertad del prisionero, cuya es la siguiente carta dirigida á los redactores del citado periódico:

« Mis queridos compañeros: Estoy en celda común. Con el dichoso catarro que tengo he pasado la gran noche. Os ruego

que no me abandonéis. Esto es horrible. Tengo comunicación los martes y viernes.

« Me hielo de frío. ¿No tenéis alguna manta y una colchoneta? Mandadme la ropa que queráis, que me hielo. Que sea cuanto antes: hoy mismo. ¡Aquí me vuelvo loco!

Os abraza vuestro compañero,

Francisco Vidal y Planas. »

Yo no sé á qué partido político pertenece, si pertenece á alguno, mi amigo Muñoz Escámez, director de esta revista, literaria, científica y artística, mas no política; lo que sé es que él, como REVISTA GRÁFICA, es cristiano, y, además, inteligente, lo que nunca está de más. Tampoco sé qué delito cometió el señor Vidal y Planas; pero sí sé que fué procesado por un artículo de periódico; y cuando Alfredo Vicenti, guiado por su corazón bondadoso, se ha convertido en una especie de *senó Isidro el Maragato* de delincuentes, y ayer mismo censura á los magistrados que persiguen á Santos Chocano por un delito de derecho común, ¿no hemos nosotros de pedir piedad para Vidal y Planas, cuyo único delito consistió en que se le fué la pluma?... Recuérdese el caso de Sagristá, cuya prisión conmovió á periódicos importantes de París y Londres; y el caso de nuestro Larraya — y digo nuestro, porque aquí colabora con sus dibujos admirables de sencillez y buen gusto, — y esperemos que también Vidal y Planas recabe de la autoridad la indulgencia que se le pide. Sobre que en España es sabido que los republicanos son toros embolados, y los artículos subversivos fuegos fatuos que lucen un momento en las páginas de los periódicos y de los que nadie se acuerda al día siguiente, si los autores no van á la cárcel.

Dice Rodríguez de la Peña, en *El Radical* de ayer, que «yo vivo espiritualmente

entre los españoles de España, unas veces sentimental y triste, otras veces cáustico, otras burlesco y jovial, y que hay en mí un fondo de justicia que ha ce amable mi literatura, porque en ella palpita un misticismo revolucionario». ¡Oremos, pues, mi querido compañero, porque no se hielen de frío los que no tienen mantita ni colchoneta; porque no sigan en celda, durante este invierno cruel, compañeros nuestros que cometieron el crimen de pensar, en periódicos, al contrario de lo que piensan las autoridades!

«... Gracias, querida amiga, por todas las buenas cosas que nos enviaste; pero yo te ruego que no nos mimes tanto, á nosotros que pasamos semanas enteras sin ver un pedazo de pan negro y nos contentamos con algunas patatas. Mira lo que yo te pido. ¿Quieres buscar un médico, ó un almacén, que pueda procurarte los objetos medicinales de primera necesidad que van señalados en la lista adjunta? Porque hay aquí muchos deportados enfermos, hombres, mujeres y niños, y hasta tenemos un buen camarada que es doctor. Lo que nos falta son los instrumentos. Numerosos son los prisioneros que tienen los miembros helados y á quienes ha habido que cortar los dedos de la mano ó la planta de los pies. Hay aquí muchos dramas de la miseria... Dispense usted que le haya hablado de tristezas; pero igual cuando velo que cuando duermo mi espíritu no está ocupado más que con la visión de estas fisonomías anémicas, con ojos pensativos, y sólo pienso en aligerar sus miserias. Por paro del trabajo en las minas de Lena nuestra colonia ha caído en una miseria desesperada. Únicamente yo gozo de una comodidad relativa, porque es una dicha de la vejez el no necesitar mucha comida.»

Es una plegaria fervida, que baja rumorosamente de la estepa rusa, pidiendo pan para los hambrientos, abrigo para los desnudos, instrumentos quirúrgicos para los miembros helados; es un poema lúgubre, en forma epistolar, enviado por Catalina Brechkowsky desde la prisión de Irkoutsk, de allí de donde nadie ha vuelto... ¡Es una oración!

Nosotros, también, oremos...

LUIS BONAFoux.



CHARLA CIENTÍFICA

EN el mundo de la aviación comienza á marcarse una tendencia muy acentuada hacia el *vuelo personal*; es decir, sin motor. Las personalidades que se han puesto á la cabeza de este movimiento, son, en su mayor parte, *aficionados* que sueñan con el vuelo tranquilo y sosegado, muy distantes de las velocidades fantásticas que alcanzan los aparatos actuales. Frente á ellos se levantan airados los *científicos*: ingenieros, profesores, etc., quienes, fórmulas en mano, demuestran á los primeros la imposibilidad de que tal aspiración llegue á realizarse.

Eso de las fórmulas, dicen los *amateurs*, es muy elástico. Con ellas en la mano se demuestra que un *ave no puede volar* y la ciencia que declaró imposible la aviación, hoy dice que se equivocó á causa de un coeficiente cuyo valor desconocía. ¿No puede suceder lo propio con el vuelo personal?

En esta situación se encuentran hoy las cosas. Los que tienen fe en la posibilidad del invento, han establecido concursos, con premios en metálico, para aquellos que logren por su propio esfuerzo remontarse, aunque sea poco.

El primer concurso no dió resultado. Los inventores eligieron la bicicleta como base de su aparato, pusieronle unas alas... pero no volaron. La causa del fracaso hay que atribuirle á la pequeñez de la superficie de estas alas, que no bastan á sustentar el peso del individuo con su bicicleta.

El problema se plantea, pues, en estos términos: á mayor superficie de alas, ó *superficie portante*, corresponde un menor esfuerzo motor, ó, en otros términos: cuanto menor es esta superficie, tanto mayor ha de ser la velocidad del apa-



rato. Por eso, para que la fuerza muscular de un hombre baste á sostenerle en el aire, hace falta una gran superficie de sustentación; mas ésta aumenta el peso del sistema y dificulta su manejo. Se diría que estamos encerrados en un callejón sin salida, y, sin embargo, mi opinión es favorable á la solución del problema.

Lo que me parece más difícil es el arranque inicial; pero ya se vió cómo los Wright resolvieron la cuestión: se hacían proyectar con gran velocidad por un mecanismo de contrapeso. ¿Por qué no harán lo mismo los que quieren volar sin motor?

Hay, además un precedente: Lilienthal, que fué el precursor de la aviación, volaba sin motor, y para ello se dejaba caer desde una altura, á fin de obtenerla velocidad proporcionada á la superficie de su aparato. Ese planivuelo le llevaba muchas veces á grandes distancias y, en algunas ocasiones, á mayores alturas que aquella desde la cual se había precipitado.

Esperemos, pues, que muy pronto se resolverá el problema del vuelo personal y que los científicos encontrarán algún otro coeficiente con el cual disculparse.

Ahora, con los vuelos invertidos que inició Pegoud, no saben cómo explicarse el por qué la curvatura de las alas, tan sabiamente estudiada, es absolutamente indiferente y el aparato se sostiene de igual modo con la curva hacia arriba ó hacia abajo...

La telegrafía sin alambres (y no sin hilos, como vulgarmente se dice) acaba de establecerse en los trenes de la Compañía Americana de Lackawanna. Los beneficios de tal innovación han sido puestos en evidencia desde luego. Durante los ensayos de este sistema cayó enfermo el conductor del tren, y, por medio de la telegrafía sin alambres, fué posible pedir un substituto que, al llegar el tren á la estación inmediata, estaba preparado para reemplazar á su compañero. Además, como los vagones estaban llenos, se pudo pedir un nuevo vagón y el tren no perdió tiempo.

La observancia fiel del horario es una condición indispensable para evitar accidentes ferroviarios. La hora, transmitida por telegrafía sin alambres, recordará de continuo á los jefes de tren cuáles son los sitios en donde, según los cuadros de marcha, deben hallarse á cada momento, y la vecindad de un cruzamiento. Si los

trenes, al acercarse al sitio peligroso en que se cortan dos vías, se telegrafiasen, seguramente se hubieran evitado lamentables catástrofes.

La aplicación de la electricidad al cultivo de las tierras, no es una cosa nueva. Hace ya mucho tiempo que se realizaron ensayos en este sentido, con resultados no muy decisivos. Ahora la cuestión reverdece. Los señores Herbert y Dorsey han realizado cerca de Dayton (E. U.) unas curiosísimas experiencias. Dividieron cierta extensión de terreno en siete lotes. Sometieron el número 1 á la acción de corrientes de alta frecuencia, con una diferencia de potencial de 10.000 voltios y 200.000 periodos por segundo. La energía total era de 130 wattios y la instalación funcionaba una hora por la mañana y otra por la tarde.

El lote número 2 estaba iluminado tres horas diarias, después de la puesta del sol, por una gran lámpara de incandescencia metida en un globo rojo. El lote número 3, estaba alumbrado el mismo tiempo por una lámpara á vapor de mercurio. El lote número 4 servía de testigo. En el número 5 se enterró una red de alambre, conectada al polo negativo, de una instalación eléctrica de corriente continua y de una tensión de 110 voltios. El borne positivo estaba formado por un electrodo de carbón situado en el extremo de una regadera y aislado de ella, pero en contacto con el agua para electrizarla, y regando con ella el lote. En los lotes 6 y 7 se aplicó la corriente continua, ó la alternativa, mediante electrodos de carbón clavados en la tierra.

Estas experiencias comenzaron inmediatamente después de la germinación de las semillas (lechugas y rábanos).

El lote número 7, tratado por las corrientes de alta frecuencia, produjo un aumento de producción de 75 por 100. La luz roja favoreció, aunque en menor proporción, el desarrollo de los rábanos, y la luz violeta el de las lechugas; pero el agua electrizada no sólo no aumentó la fertilidad del suelo, sino que la disminuyó notablemente.

He aquí unas experiencias que pueden causar una revolución en la agricultura.

HERMES.



El Secreto de la Momia



Por Jorge MEIRS

MIENTRAS volvíamos á su casa, William Tharps me comunicó sus proyectos; sabía que el maestresala que nos sirvió aquella noche estaba afiliado á la banda de Juan Camel. Era uno de los más peligrosos y se trataba de espiar, á su salida del *restaurant*, al maestresala, quien no dejaría de correr á avisar á sus cómplices de la singular visita que le habíamos hecho. Seguramente esta vigilancia sería provechosa.

Eran las tres, y los últimos transeúntes atravesaban las aceras del bulevar cuando mi amigo y yo, luego de tomar la precaución de disfrazarnos de modestos

empleados, cogimos, á la salida del establecimiento donde trabajaba, al hombre á quien acechábamos.

Pude notar, cuando pasó delante de nosotros sin conocernos, su aire preocupado. Atravesó rápidamente la calzada, anduvo unos cien metros y luego montó en un automóvil. William Tharps, á quien nunca se cogía desprevenido, me empujó en otro automóvil que estaba á nuestro lado, como por casualidad, y á cuyo *chauffeur* me pareció conocer como uno de los fieles colaboradores de mi amigo.

Nuestro automóvil se detuvo en la esquina de la calle de Belleville y de los

Pirineos. El coche del individuo se había detenido en esta última calle, á menos de cincuenta metros del sitio en que nos hallábamos.

El hombre entró en el pasadizo de una casa en cuyo piso bajo había una tienda de ropas viejas, y el automóvil aguardó en la puerta.

Al ver esto el « detective » hizo un gesto de impaciencia.

— El cochero va á ser un estorbo para nosotros — dijo. — A pesar de las apariencias, puede ser un compinche colocado en acecho, así es que en vez de entrar en el inmueble, esperaremos que salga nuestro hombre.

Nos pasó media hora sin que volviera el hombre. El *chasseur* daba señales de impaciencia: había saltado de su asiento y andaba sobre la acera de un lado para otro, deteniéndose á veces cerca de la puerta baja para volver luego á emprender su melancólica facción.

— Es preciso á todo trance que penetremos — dijo mi amigo, que principiaba á impacientarse. — Este cochero parece tan fastidiado como nosotros por esta espera prolongada, y creo que nada tiene que ver con su cliente.

Se disponía á dejar el automóvil, cuando no lejos de nosotros abrióse una puerta.

Instintivamente, aguardó.

Salíó un hombre, alto y delgado, acompañado por otro más pequeño y fornido en el cual, aunque llevaba una barba corta y otro traje, reconocimos al hombre á quien acechábamos.

Andaban rápidamente, subiendo la calle de Belleville, sin ocuparse del infeliz cochero que se aburría esperando debajo del farol.

Salimos del automóvil, aperechados á seguir de lejos á ambos hombres. En aquel barrio y á aquella hora, era difícil la vigilancia, porque además de la imposibilidad de disimularse, los transeúntes son demasiado escasos para que no se noten: así es que mi compañero renegaba contra nuestra mala suerte cuando, sin haber vuelto ni una vez la cabeza, desaparecieron á nuestra vista los dos individuos de una manera casi repentina.

— ¿Dónde diantre se han metido? — exclamé desconcertado.

Mi compañero me arrastró, seguimos la empalizada de una casa en construcción y hallamos detrás una puertecita.

Al juzgar por la manera brusca con que habían desaparecido los hombres, comprendimos que la puerta no estaba cerrada y debía ceder al menor empuje.

Deliberadamente, Sharps se dirigió hacia la puerta, entrando en un pasadizo obscuro, de muros viscosos.

Gracias á la lámpara de bolsillo del « detective », vi que estábamos en una especie de ramal estrecho y negro sin salida al parecer. Procurábamos no hacer el menor ruido; pero, de vez en cuando, tropezaban nuestros pies con alguna losa y comprobábamos entonces que aquel pasadizo tenía extraña resonancia. Seguimos tanteando el muro á nuestra derecha y de pronto nuestra mano se perdió en el vacío.

El « detective » proyectó la luz de su lámpara y vimos una escalera de madera con peldaños torcidos que en lugar de pasamanos tenía una gruesa cuerda gris y mugrienta, mal estirada.

Sin vacilar, mi amigo empezó á subir. De repente quedóse inmóvil. Muy cerca de nosotros se había producido un ruido, como el de una puerta que gira sobre goznes enmohecidos. Contuvimos la respiración, interrogando á las sombras.

Sin que notáramos ningún otro ruido, sentí un roce en la pierna. Me incliné vivamente, alargando las manos. No había nadie.

Lentamente, con grandes precauciones, empezamos á subir hasta llegar á una especie de meseta. Gracias á la lámpara de mi compañero, divisamos dos puertas, una de las cuales estaba entreabierta. ¿Nos acecharían detrás?

Enervado por la parada hecha en la escalera, tanto como por la tensión cerebral hacia el peligro próximo, admiraba la flemma de William Sharps; mientras que yo, disimulado en la sombra, hacía vanos esfuerzos para rehacerme, él, tranquilamente, con movimientos de una precisión matemática, examinaba el entarimado, tratando seguramente de descubrir un indicio útil.

De pronto, alargó vivamente la mano hacia un pequenísimo objeto brillante.

Era el cartucho de una bala de « Debley » de un calibre de seis milímetros.

Rió burlonamente.

Inclinándose de nuevo, pareció seguir una pista que le llevó hasta la puerta entreabierta, y, abriéndola vivamente, penetró en un cuarto completamente vacío.

Volvimos á salir á la meseta sin haber encontrado á nadie.

De repente, mi amigo prestó oído y alargó el cuello en la dirección de la escalera, de donde partía un ruido apenas perceptible.

— ¿Qué hay? — dije espantado.

Mi compañero había retrocedido.

Sin contestar, tocó el resorte de su lámpara eléctrica y en el círculo luminoso que proyectaba sobre la masa oscura de los peldaños, vi aparecer un gato pardo, famélico y asustado.



Aquel animal huesudo y miserable era el que poco antes empujó la puerta, produciendo el rechinar que nos había inmovilizado; era el que, al dar un salto, me rozó las piernas, y sus huellas fueron las que Tharps había seguido sobre el polvo de la meseta. Aunque mortificado, reía interiormente del miedo que engendra, en nuestros cerebros impresionables, la falta de la luz y la angustia de lo desconocido, cuando á lo lejos, aumentados por la extraña sonoridad del pasadizo que nos condujo á la escalera, oyóse ruido de pasos.

William Tharps apagó su lámpara.

Los pasos se acercaban poco á poco.

— No haga usted el menor movimiento — me dijo Tharps al oído.

La intensidad de los golpes acompasados de los tacones aumentaba, revelando la presencia de tres hombres por lo menos. De repente cesaron.

Me volví hacia mi compañero.

— Han dejado el corredor y andan ahora sobre tierra blanda — dijo.

Cinco minutos después, se internaba el «detective» en una especie de pasadizo, cuyo suelo de tierra blanda permitía distinguir las huellas de seis fuertes suelas de hombre.

Quienes habían pasado por allí debían haber llegado á su destino, pues, á pesar de pegar su oído al suelo, el «detective» no oyó absolutamente nada.

Íbamos lentamente, sin apartarnos de los principios que la prudencia aconseja en semejante caso. En una revuelta, nos pareció que un fresco vientecillo nos acariciaba el rostro.

— ¡Bueno! — exclamó en voz alta el «detective».

— ¿Qué hay? — pregunté muy quedo.

— Puede usted hablar más fuerte; no molestará á nadie: *estamos solos*.

Le miré inquieto.

— Solos en absoluto — repitió encendiendo un cigarrillo. — Somos dueños del campo de batalla, sin lucha.

— ¿Lo cual significa?...

— Que hemos venido por lana y volvemos trasquilados.

En aquel momento salíamos á un terreno baldío, rodeado de una empalizada.

— Vea usted — dijo Tharps.

— Pero... ¿y el gato?... ¿y la bala de revólver? ¿y los tres hombres?

— ¿Qué quiere usted que le diga? Lo mejor será ir á acostarnos y volver cuando sea de día.

Vaciló un momento.

(Se continuará)

Jorge MEIRS

Traducido por el Sr. GUERRERO.



el gran mundo



El duque de Rohan

La muerte del duque de Rohan, que ha dejado de existir en su palacio del boulevard de los Inválidos, á la edad de sesenta y nueve años, priva á la aristocracia francesa de una de sus figuras más salientes y más estimadas.

Era un gran señor, en lo más noble de las acepciones de esta palabra; conocido en todas partes, distinguido, afable, humano, querido por todo el mundo.

A su jerarquía social unía su personalidad política, puesto que era diputado, figurando entre los hombres de la derecha desde hace treinta y siete años.

Desde hace muchos años también, era presidente del Círculo de la Unión, uno de los Círculos más aristocráticos y elegantes de París, al que pertenecen todos los diplomáticos que tienen acreditada su representación en la capital de Francia.

Era, como es sabido, el jefe de una de las casas más ilustres de Francia, entre cuya ascendencia, por los vizcondes de Forcheot, se hallan los duques de Bretaña.

El primer duque de Rohan no dejó más que una hija, que fué autorizada á usar ese título y transmitirle á sus descendientes y que casó en la Corte de Ana de Austria, en 1615, con el conde de Chabot, representante de una de las casas más antiguas del Poitou, descendiente de los condes de Poitiers, que fueron duques de Aquitania y que estaba enlazada con las casas de Luxemburgo, de Lorena y de Lusitán, y, por esta última, con la casa de Borbón.

Así los Chabot tenían el título de *primos del rey*, y en su historia figuran grandes hombres, entre ellos el almirante de Chabot, cuyo sepulcro, que forma parte de las colecciones del Museo del Louvre, obra de Juan Cousin, es una de las maravillas del Renacimiento francés.

Por esa unión de los Rohan y los Chabot, poseía el duque de Rohan el histórico castillo de Josselin, que perteneció á Olivier de Clisson, el célebre condestable de Carlos VI, que fué en el siglo XIV, vencedor en Rosebecq y jefe del partido de los *Murmonsets*.

Sabido es que los Rohan-Rohan se quedaron en Austria después de la época de la emigración, y que el emperador Francisco José se hizo representar por el jefe de esta Casa en los funerales del conde de Chambord.

Es necesario conocer el Palacio del boulevard de los Inválidos, la casa del duque de Rohan, abierta á todas las notabilidades de la tierra, á los aristócratas, á los hombres de mundo, á los grandes escritores, á los artistas insignes, para poder formar idea de todos los encantos que reúne.

Presidiendo sus salones, que evocan con su espléndido decorado y sus interesantes colecciones de

objetos preciosos, épocas gloriosas para el arte francés, se destaca la figura de la duquesa de Rohan, que se llamó de soltera Herminie de Verteillac, deliada poetisa elegante pintora, cuyas exquisitas acuarelas han sido premiadas en públicos certámenes.

La duquesa de Rohan es una de las personalidades que ha alcanzado mayor relieve, en estos últimos tiempos, en la aristocracia francesa.

Preside importantes sociedades artísticas y literarias y sus fiestas, en particular las de *Grandes Á* hombres de notorio talento en las que se han dado á conocer obras poéticas de gran mérito, despiertan siempre vivo interés.

Su palacio se conoce en París con el nombre de la « Casa de los rocas ».

El duque de Rohan dejó cuatro hijos: el príncipe León, que será, por la muerte de su madre, duque de Rohan, casado con Margarita de Rohan-Chabot; el vizconde de Rohan, casado con Ana de Talhouët-Roy; Francisca de Rohan-Chabot, casada con el conde Charles de Caraman-Chimay y María de Rohan-Chabot, que es princesa Luciano Murat, por su matrimonio con el hijo mayor del príncipe Aquiles Murat.

Esta última, la princesa Luciano Murat, por su talento de pintora por su original manera de ser, y por el peculiar gusto con que suele vestirse y adornarse, tiene señalada personalidad en la sociedad aristocrática y elegante de París.

Las fiestas en el castillo de Josselin han sido siempre interesantes, y los invitados de los duques de Rohan nunca olvidan las temporadas deliciosas que han pasado durante los otoños, en esa histórica residencia.

La conversación del duque de Rohan era amena, y jamás faltaban en ella anécdotas y recuerdos pintorescos de la vida política, y la vida social.

En los días de crisis y en los días en que la pasión agitaba los círculos parlamentarios, advertíase su presencia en el llamado salón de la Paz de la Cámara de Diputados, y en torno suyo se reunían, para escucharle, hombres de distintas ideas y distintos partidos.

Cuando empezó la vida política era Gambetta presidente de la Cámara, y éste valiéndose de su autoridad y de su natural desenvoltura, solía, para echárselas de demócrata, suprimir, al dirigirse á los diputados, toda clase de tratamientos.

Al conceder la palabra, por ejemplo, al señor arzobispo Freppel, decía:

— *La parole est au député Freppel.*

El duque de Rohan no había heredado aún de su padre este título, y era, como la son todos los

primogénitos de los duques de Rohan, príncipe Leon.

Un día, Gambetta dijo :

— *La parole est à monsieur Léon.*

Y mientras los diputados se miraban para saber quien sería ese señor Leon, el que había de ser más tarde duque de Rohan se levanto para encaminarse á la tribuna, desde donde había de hablar, y, dirigiéndose á la Cámara, exclamó :

— *Monsieur Léon, c'est moi.*

En poco tiempo ha perdido la aristocracia francesa importantes personalidades, como la duquesa de La Tremoille, el duque de Fezensac, la condesa Aimery de La Rocheloucauld y el duque de Caylus, hermano político del duque de Rohan, en cuyos funerales adquirió éste la congestión pulmonar que le ha llevado al sepulcro.

JUAN DE BECON.

Asociación Española é Hispano-Americana.

— Esta importante Asociación, debido á su gran incremento, ha acordado crear una importante Junta consultiva, la que ha quedado constituida por las siguientes personalidades :

Excmo. Sr. Marqués de Amofio, doctor Amocdo. Sres. Arteche, Arispe, director del Banco de Bilbao en Paris ; doctor Handelac, Sres. Ivo Bosc, banquero ; P. de Bray, publicista, Alejandro Chao, Delatte de Carabias, director del *Courrier de la Argentina*; G. M. Esquina, ingeniero ; Gaya, publicista ; Huertas, agregado de la Embajada de España ; Kolbé, Leriche, director del Banco Español del Rio de la Plata ; Montero, publicista ; Munoz Escóñez, director de la Casa Editorial Hispano-Americana ; Muñoz Pérez, publicista ; Juan Negro, director de Seguros ; doctor R. Max Olano, cónsul general del Salvador ; José Maria Pagés y Duch, comisionista ; Santiago Romo Jara ; Santiago Valle, doctor en Medicina y Cirugía ; Ibáñez de Ibero, ingeniero y algunas otras personalidades.

En el vapor « Cap Arcón » ha llegado á Europa, siguiendo para Kiel, el teniente de fragata de la Argentina, don Alberto E. Sáenz Valiente, hijo del ministro de Marina, al que acompaña su familia.

Entre las distinguidas personalidades argentinas cuya llegada se espera en estos días y de cuya salida nos dan cuenta nuestros corresponsales, figuran la señorita Saviera Parravicini, el Sr. Raul Harilaos y su familia, Sr. Mariano Bernal y familia, doctor Julio V. Garol y su esposa, Sres. Lorenzo Bravo (hijo), Roberto Lagos y familia y el doctor Eudoro Cisneros.

El embajador de España y la marquesa de Villa-Urrutia, obsequiaron con una comida íntima al residente general en Marruecos y á la generala Lyautey.

Fué un gran acontecimiento social en Buenos Aires el enlace de la señorita Carmen Adela Sánchez Elia con don Carlos Quintana Unzué.

El cortejo lo formaron :

El señor don Manuel Quintana con doña Matilde Sánchez de Méndez, que llevaba traje de *liberty* negro, *corsage* de tul dorado y negro, sombrero negro con *aigrette* ; Manuel Quintana (hijo) con Mercedes Quintana de Santamarina, de *liberty* negro y *corsage* de encaje, sombrero negro con *aigrette* ; Angel Sánchez Elia, de *taffetas* amarillo

drapeado en *paniers*, adornos de tul y sombrero negro con *aigrettes* ; Horacio Sánchez Elia con Josepha Alzaga Unzué, de gasa blanca, adornos Malinas y adornos *fais*, sombrero con flores.

Entre las damas y señoritas distinguidas que asistieron á tan hermosa ceremonia y ofrecieron sus parabienes á la nueva pareja y sus familias, estaban :

Sras. : Josefina Unzué de Cobo, Concepción Unzué de Casares, Luisa Magnauini, Elia de Lacavera, Edelmira Ila de Elia, Julia del Carril de Vergara Medina, Emma del Carril de Viale, Adela Unzué de Leloir, María Luisa Unzué de Alzaga, María Unzué de Blanquiere, Carolina Benítez de Anchorena, Magdalena Bosch de Harilaos, Ana Mayobre de Green, Delina Huergo de Astengo, Adela Quintana de Rodríguez Larreta, Emma Green de Vedova, Estanislado Anchorena de Paz, Elisa Alvear de Bosch, Amalia Frías de Urquiza, Leonor Uriburu de Anchorena, María Unzué de Alvear, Leonor Cabral de Vivot, Angela Unzué de Alzaga, Josefina Leloir de Udondo, Joaquina Arrota de Méndez, Sara Unzué de Madero, Ana Elia de Magnauini, Clara Cobo de Anchorena, Elvira de la Riestra de Láinez, Juana Obijero de López, Luisa Carabasso de Moreno, Adela Harilaos de Olmos, Lola Barrencechea de Larguía.

Angélica Elia de Estrada, Analita Arrota de Muñoz, Rosa Ocampo de Elia, Anatilde Pena del Carril, Carmen Mareo del Pont de Rodríguez Larreta, Julia J. del Carril.

Señoritas : Matilde Méndez, María Luisa Aldao Unzué, Elena Aldao Unzué, Josefina Udaondo, Elena López Obijero, María Jacinta Moreno Carabasso, Felisa Moreno Carabasso, María Elina Harilaos, Elisa Harilaos, María Delina Astengo, Ana Maria Green, María Larguía, María Elena Green, Cora Zeniborain, Mercedes Guerrero, Norah Guerrero, Clara Anchorena Cobo, Mercedes Anchorena Cobo, María Inés Alzaga Unzué, Silvia Saavedra Lamas, María Isabel Senillosa, Angélica Ocampo, Trinidad Elia, Carolina Urquiza, Carmen Saavedra Lamas, Angélica Urquiza, María Adela Peña, Leonor González Guerrero, Estela Moura, Delia del Carril, Ofelia del Carril.

De Madrid llegaron el señor don Julio Telo con su distinguida señora, instalándose en el Hotel Continental.

Se encuentra en Madrid nuestro querido compañero señor Gómez Carrillo.

Han regresado á Madrid después de pasar una temporada en Paris, los marqueses de Abumada y los condes de Clavijo.

De la capital española llegaron la marquesa de Berziz y su encantadora hija María Teresa.

También llegó don Pedro Sanjinés.

Ha sido pedida la mano de la distinguida y opulenta señorita Elvira Plaza, para nuestro muy querido amigo el secretario de la Embajada de S. M. el rey de España en el Vaticano, don Pablo de Churruarín.

Regreso á Roma la distinguida señora del secretario de la Legación Argentina, señor Alberto Figueroa.

Lo acompañaba su gentil hermana la señorita Carmela Giraldez.



Señores Morales, ministro de la República Dominicana; E. Dorn y de Asua, encargado de Negocios del Ecuador; teniente coronel Mifsut (España); Cubi la, ingeniero (España); De Mendizábal y Tamborell (Méjico); Valdés (Panamá); Larrazábal, encargado de Negocios de Guatemala; Ramos, Perú.

Un Mapa Internacional

NADIE niega las ventajas que tendría un mapamundi hecho por las diversas naciones que constituyen el universo y concebidas sus diversas partes dentro del mismo plan.

Primero en Londres, y ahora en París, ha habido reuniones magnas para llegar á un acuerdo único, lo que no se ha conseguido aún, aunque esperamos que el tercer Congreso, que se verificará en Berlín á fines del presente año, echará, de una manera definitiva, las bases para la formación del mapa-mundi.

Se trata de hacerlo en escala de 1:1.000.000, y de las resoluciones adoptadas en Londres sólo se han substituido algunas, muy pocas.

Se han discutido las proposiciones relativas á la uniformidad de símbolos que han de emplearse y á la división y dimensiones de las hojas, así como de su nomenclatura y del método de proyección, acordándose que cada hoja tenga 6º de longitud por 4º de latitud, suponiendo dividida la superficie de la tierra en 60 husos esféricos, 44 zonas y 2 casquetes

también esféricos, y cada hoja llevará un número internacional.

El antimeridiano de Greenwich es el origen de las longitudes geográficas para todas las hojas; y el Ecuador, el de las latitudes, habiéndose adoptado el sistema sexagesimal para la división de los grados.

Á la cabeza de cada hoja figura el nombre de la localidad más importante, que es la que dará nombre á dicha hoja, á la izquierda el título de *Mapa internacional del mundo*, en el idioma del país productor y en francés, y á la derecha el número internacional que indica la situación.

Cuando una misma hoja abarque territorios de diversas naciones, éstas se pondrán de acuerdo para construirla, quedando á cargo del Estado que tenga más extensión en dicha hoja la publicación de la misma, siempre que tenga establecimiento cartográfico reconocido oficialmente.

Los dignos representantes de las naciones hispano-americanas, tuvieron la atención, que les agradecemos, de visitar la redacción de REVISTA GRÁFICA en donde obtuvimos la presente fotografía.

LOS HISPANO-AMERICANOS EN PARIS

HOTEL REGINA

Han llegado:

Sr. C. M. Vedoya, de Buenos Aires; Sr. y señora C. H. Sarmientos, de Buenos Aires; Sr. y señora J. Diaz Romero y familia, de Buenos Aires; señor P. F. Mosotequi y familia, de Buenos Aires; señora de Suarez-Queiroz, de Sao Paulo (Brasil); Sr. y señora Clavis Camargo Soares, de Sao Paul (Brasil); Sr. y señora A. Assumpcao y familia, de Sao Paulo (Brasil); Doctor Sojo y familia, de Buenos Aires; señorita Udaondo, de Buenos Aires; Sr. y señora Prado-Amor, de Santiago; señora E. D. Cahral y familia, de Buenos Aires; Sr. R. Gairola, de Buenos Aires; señora y señorita Alves de Barbuza, de Buenos Aires; Sr. Marco y familia, de Buenos Aires; Sr. Manuel J. Bucavilbaso y familia, de Caux; Sr. A. Minnaris, de Buenos Aires; señor de Teffo von Hornholz, ministro del Bresil en Francia, de Rio de Janeiro.

Han salido:

Señorita L. Lanusse; señorita F. Lanas; señorita M. Pico; Sr. Escura, de Buenos Aires; señor y señora Bernales y familia, de Santiago; señor Henous, ministro de Chile y familia; Sr. R. Larraide, cónsul de México, en España.

ELYSÉE PALACE HOTEL

(Champs Elysées)

Han llegado:

Sra. Lydia de Lloveras, de Buenos Aires; señor Erasmo Carlos Paggio, de Buenos Aires; Sr. Carlos Rodriguez Orey, de Buenos Aires; Sr. y señora Adolfo Villatte, de Buenos Aires; Sr. Juan Miguel Bosuli, de Buenos Aires.

HOTEL LOTTI

Han llegado:

Marqués y marquesa de Origo, de Roma; coronel J. Bianqui, de Roma; Sr. y señora H. Zimmermann, de Buenos Aires; señora Randolph Churchill,

de Londres; duque de Westminster, de Londres; capitán Greenfell, de Londres; señores J. G. Lewther, de Londres; barón y baronesa de Pallandt, de Arnheim; Sr. y señora Henry de Beaufort, de La Haye; Sr. Carlos Montagu, de Londres; señores G. Carpenter, de New-York; señores G. Wardlow, de Schelleold; príncipe Francisco de Fursari Villarosa, de Roma; conde de Benckendorff, embajador de Rusia en Londres; marqués y marquesa Berlingieri, miembro del Parlamento italiano; barón y baronesa d'Osten Sacken, de Hambourg.

CARLTON HOTEL

(Champs Elysées)

Han llegado:

Sr. R. Pradere, Sr. H. Paz, Dr. Méndez, doctor Mariu, duque de Peñaranda, de Madrid; condesa Requeua, de Barcelona.

HOTEL ASTORIA

Avenue des Champs-Elysées

Han llegado:

Sr y señora C. Torres Elicechea, de Bogotá; señora M. O. Escalante y familia, de México; Sr. y señora Roberto Sánchez y familia, de Valparaíso; Sr. y señora Hernán Errazuriz, de Santiago de Chile; el general Porfirio Diaz y su señora; Sr. y señora E. Oufay, de Buenos Aires.

Han salido:

Marqués de Casa Montalvo; señor y señora Simón Guzmán Blanco; Sr. y señora Carlos Wiggo.

HOTEL CAMPBELL

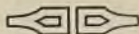
Han llegado:

Señora Orozco, de Santiago; Sr. Zadick, de Santiago; Sr. Escasany y familia, de Buenos Aires.

HOTEL RÍTZ

Han salido:

El señor Perry Belmont y su señora, para Moritz.

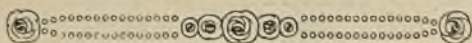




El primero de enero se disputó en el "Parque des Princes" el match anual de rugby Francia-Irlanda. Los irlandeses ganaron por 8 puntos contra 6. En la parte superior, los vencedores. A la derecha, retrato del aviador Legagneux, que ha alcanzado el máximo de altitud (6.100 m.)



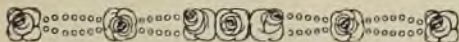
El día 4 de enero se ha disputado en París el concurso "Prix du Conseil municipal", y que podía llamarse el de las congestiones, porque en el Sena flotaban trozos de hielo. A la izquierda, el vencedor, Pouilly.



El 4 de enero, el equipo de football rugby del Royal Naval College de Inglaterra triunfó, en el Parque des Princes, del Stade Français, por 24 puntos contra 13.



El equipo Association du Red Star match nulo contra el Association sportive quévilloise, 1 contra 1.



El equipo Lion des Flandres que ha vencido a la Ligue de foot-ball Association, por 3 puntos contra 0.

✦ Casa Editorial Hispano-Americana ✦

Serie Histórica ILUSTRADA

Compuesta de Memorias interesantísimas, y completada con grabados documentales.

Napoleón íntimo.

La corte de Luis XV.

Napoleón emperador.

La caída del águila.

Elba y los cien días.

Napoleón en Santa Elena.

La muerte de Napoleón.

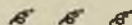
Napoleón según su ayuda de cámara.

Pequeñeces de Napoleón.

María Luisa íntima.

Bolívar íntimo.

San Martín íntimo.



En rústica. Fr. 1.50

En pasta flexible. . Fr. 2.50

Les Parfums E. Coudray
sont inimitables